

**LA MORAL DE OCCIDENTE:
EMANCIPACIÓN EN LA FILOSOFÍA DE FRIEDRICH NIETZSCHE**

**Fátima Ledy Burbano Criollo
Pablo Heraldo Ceballos Hernández**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2015**

**LA MORAL DE OCCIDENTE:
EMANCIPACIÓN EN LA FILOSOFÍA DE FRIEDRICH NIETZSCHE**

**Monografía de Grado para optar al título de:
Licenciados en Filosofía y Letras**

Asesor: Doumer Mamian Guzmán

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO**

2015

“Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado, son responsabilidad exclusiva de su autor”

**Artículo 1° del acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del
Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño**

Nota de aceptación

Asesor

Firma del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, de 2015

DEDICATORIA:

Gracias a Dios por habernos permitido alcanzar esta meta, a nuestros hijos Julieta Delgado Burbano y Maynerd Steven Ceballos quienes fueron el motor de éste trabajo. A nuestros padres Herman Burbano y Diomar Criollo, por su apoyo y grandes consejos, por sus valores inculcados, pero en especial por su amor incondicional. A mi hermano Evany de quien aprendí su empeño y dedicación, a mi esposo Giomar Delgado por su paciencia y confianza en mí. A todos muchas gracias.

AGRADECIMIENTOS:

Un agradecimiento especial al Dr. Doumer Mamian Guzmán, por ayudarnos a alcanzar esta meta. A nuestro Maestro Silvio Sánchez Fajardo Q.E.P.D. por inculcarnos ese amor al saber y a la Filosofía. A nuestra querida secretaria del Programa, Nelcy Zambrano por toda su colaboración. Y finalmente a todos nuestros profesores y jurados por sus grandes enseñanza.

RESUMEN

La monografía de grado bautizada con el nombre de: “La moral de occidente. Emancipación en la filosofía de Friedrich Nietzsche”, es el resultado de un estudio centrado alrededor del pensamiento Nietzscheano y su vigencia en la actualidad. Desde este locus de enunciación se pretende abordar la discusión en torno a la tensión: emancipación intelectual - servidumbre moral, la misma que es emprendida a partir del referente teórico que suministra el texto: “la genealogía de la moral”. Obra que sin duda alguna constituye para nuestro interés particular una de las principales puertas de entrada a su ideología, específicamente lo relativo al primer tratado denominado: bueno y malvado, bueno y malo respectivamente, desde donde se hace posible emprender el presente estudio y de paso conceptualizar y problematizar estas categorías metafísicas bajo el lente genuino de la filosofía del martillo situada por el mismo Nietzsche.

En segunda instancia, la monografía recurre al método genealógico nietzscheano para poner en evidencia la génesis de conceptos polémicos y fluctuantes como moral y metafísica y el contravalor del cristianismo: Übermensch y aristocracia. Ello se logra cristalizar gracias a la incorporación de insumos nietzscheanos como el nihilismo, el pensamiento intempestivo, y la trashumancia que emergen directa o indirectamente a lo largo y ancho del corpus narrativo para tejer significados y sentidos alternos al dogmatismo y racionalidad exacerbante que ha impulsado el emporio de occidente. Finalmente la monografía de grado, elucida la faceta de Nietzsche como educador, maestro de la sospecha y representante de la filosofía de la diferencia, evidenciando un aporte significativo a la clásica visión nietzscheana que reduce al autor a la mera concepción de pensador intempestivo o nihilista. Con ello se espera entrever un panorama complejo que permita sopesar el influjo de la moral pero también dimensionar su decadencia en nuestros tiempos líquidos y flotantes como los registrados en la anatomía postmoderna.

Desde este cometido se hace posible hablar de una inversión moral o desvalorización de los valores, encaminada a destronar el discurso del amo que ha ensombrecido históricamente la dualidad de noble y esclavo impidiendo una emancipación intelectual de la masa subyugada por el complejo de culpa y el exacerbado dogma de fe.

ABSTRACT

The monograph circumscribed degree christened name: "The moral of the West. Emancipation in the philosophy of Friedrich Nietzsche, "is the result of a thorough study centered around the orbit of Nietzschean thought and its validity today. It initially undertook the discussion of the tension: intellectual emancipation - moral servitude, the same as it is approached from a theoretical reference that provides the text: "On the Genealogy of Morality". Work that certainly is for our particular interest one of the main gateways to their ideology, specifically in relation to the first treaty called: good and evil, good and bad, respectively, from where it is possible empotar this study and step conceptualize and problematize these metaphysical categories under the lens of philosophy genuine hammer positioned Nietzsche himself.

Secondly, the aforementioned monograph resorts to Nietzsche's genealogical method to highlight the genesis of controversial and fluctuating concepts like morality and metaphysics and the equivalent of Christianity: Übermensch and aristocracy. This is achieved thanks to crystallize incorporating inputs as Nietzschean nihilism, thinking untimely and emerging transhumance directly or indirectly throughout the narrative corpus to weave meanings and alternate ways to dogmatism and rationality that has driven exacerbate Western emporium. Finally the paper grade, elucidates the side of Nietzsche as educator, master of suspicion and representative of the philosophy of difference, showing a significant classical Nietzschean vision that reduces the author to the mere conception of unwanted or nihilistic thinker contribution. This is expected to glimpse a complex picture that allows to weigh the influence of the moral dimension but also its decline in our liquid and floating times as recorded in the postmodern anatomy.

Since this task is possible to speak with a moral investment property or devaluation of values aimed at dethroning the master discourse that has historically overshadowed the duality of preventing slave noble and intellectual emancipation of the masses subjugated by the complex of guilt and the exacerbated dogma of faith.

PALABRAS CLAVE:

Nihilismo, trashumancia, filosofía del martillo, Bildung, moral, desvalorización de los valores, genealogía, discurso del amo, servidumbre, rebaño, masa.

KEYWORDS.

Nihilism, transhumance hammer philosophy, Bildung, moral, devaluation of values, genealogy, discourse of the master, bondage, flock, mass.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Pág.

DEDICATORIA	I
AGRACEDIMIENTOS	II
RESUMEN	III
INTRODUCCIÓN	IV
1. LA MORAL COMO PROBLEMA REFLEXIVO EN NIETZSCHE	13
1.1 La preocupación inicial	15
1.2 maduración del problema	16
2. NIETZSCHE Y LA REVISIÓN DE LA MORAL DE OCCIDENTE	21
2.1 El sentido de lo bueno y de lo malo en la antigüedad	22
2.2 Transmutación de valores	28
2.2.1 Rebelión de los Esclavos	29
2.2.2 Emancipación y venganza espiritual de los esclavos	32
2.2.3 Entre Genealogía y Nihilismo	45
3. VIGENCIA DEL PENSAMIENTO NIETZSCHEANO	49
3.1 Nietzsche y la metáfora del martillo	53
3.2.2 Nietzsche como educador	56
3.2.3 Nietzsche y la filosofía de la sospecha	59
CONCLUSIONES	61
BIBLIOGRAFÍA	63

INTRODUCCIÓN

Diversos estudios de arte así como literatura especializada, coinciden en señalar que la obra filosófica denominada la “*genealogía de la moral*”, es pieza clave de reflexión del pensamiento nietzscheano. Al respecto, el filósofo posestructuralista Deleuze (1993), sostiene que esta obra es “el libro más sistemático de Nietzsche”. Apreciación que nos da pie para poner en marcha la presente disertación en torno al tema de la moral de occidente, y la emancipación en la filosofía de Friedrich Nietzsche. Tema que partirá de la línea base del libro la genealogía de la moral en temas inherentes a “bien y mal”, “bueno y malo” respectivamente. Donde el filósofo trashumante y nihilista recupera el concepto de la inversión (Umkehrung).

En este cometido, Nietzsche observa que el origen del concepto bueno procede de aquellos que se sintieron y se valoraron como buenos, al igual que todo su obrar. Abduciendo de paso que el origen de lo bueno procede de los nobles, la clase alta, de aquellos aristócratas y poderosos, que con su pathos de superioridad fueron los primeros en sentirse y valorarse de esa forma, en oposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo que configura el concepto de lo malo. En este orden de ideas, y amparados para la desvalorización de los valores y la nomadismo de los mismos; es posible afirmar que las categorías metafísicas de bueno y malo, se encuentran presentes en las lenguas de origen indoeuropeo, traduciendo algo muy semejante a lo mencionado, donde lo noble establece una relación de vecindad con lo bueno y lo plebeyo se encuentra íntimamente relacionado con lo malo. De acuerdo con ello, los conceptos de bueno y malo no tendrían ningún sentido moral, sino extra moral, ya que originariamente su valoración no era de esta naturaleza. Para corroborar dicha afirmación podemos recurrir al testimonio histórico que suministra la genealogía, donde observamos que lo malo era lo simple, el hombre vulgar, el miedoso, el cobarde, el de cabello negro, el precario. Siendo así lo malo una antítesis de lo bueno representado en lo noble, es decir, el hombre de cabeza rubia, el ario, el bárbaro, el conquistador, el guerrero, el aristocrático, el hombre de rango superior, el que se basta a sí mismo, en un palabra el poderoso.

Por consiguiente se hace una interpretación del cuestionamiento que hace Friedrich Nietzsche respecto de la moral judeocristiana que rige y determina el pensamiento y

comportamiento en el mundo occidental, cuyo planteamiento consiste, en primer lugar, en afirmar que la moral cristiana no es el producto de una revelación divina sino una construcción humana, resultado de la actitud rencorosa y vengativa del pueblo judío, que históricamente ha estado sometido al poder de pueblos poderosos empeñados en doblegarlos como ha sido el caso particular de los egipcios, babilonios, persas y romanos. Al respecto hay que señalar que el poder al que aspiraban ansiosamente los judíos, se identifica gracias a la dialéctica del sufrimiento que aumenta el poder y hace posible la auto - realización, sostenida bajo las lógicas que expresan “lo que no nos destruye nos hace más fuertes”.

Como resultado de dicha situación planteada se espera abordar como problema neural de discusión la casta sacerdotal y aristocrática del pueblo sometido, desde donde se elucidara la transvaloración o transposición de valores, invirtiendo la concepción de los valores establecidos por los pueblos poderosos o nobles, históricamente aferrados a las categorías abstractas de lo “bueno” y lo “malo”. En esta perspectiva, el estudio circunscrito bordea los temas de la moral cristiana, que rige el mundo occidental, así como la moral de esclavos que constituye nuestra columna vertebral de razonamiento. Desde este locus de enunciación se hará posible entrever una liberación idealista, o emancipación intelectual de los débiles o esclavos, en antagonismo al código de venganza establecido por los pueblos judeocristianos quienes consideraban desde una visión escatológica o profética castigar a los poderosos del mundo actual, para bendecir y premiar a los débiles de esta vida.

Al emprender una nueva transmutación de valores, como reacción a la imposición de la moral de esclavos, se hará necesario desatar los atributos que porta la genealogía nietzscheana. Insumo filosófico indispensable que consentirá encontrar la causa raíz del huracán moral. De esta manera se logrará identificar el desvío del camino y los anómalos que lo componen. Puesto que la destrucción de la torre sólo podrá hacerse acabando con ella desde sus cimientos. Y es allí donde el sustrato de la genealogía operará a favor del destronamiento del discurso del amo ensanchado por el eurocentrismo y empeñado en dilatar la brecha entre intelectuales y esclavos

En definitiva, se espera al final de este trabajo reflexivo, confirmar que el pensamiento de Nietzsche está vigente en la vida y comportamiento de la humanidad actual, en la medida en

que el hombre de hoy, apoyado en la tecnología, o mejor, en la tecnocracia, demuestra su indiferencia y rebeldía contra los valores espirituales y asfixiaste que rempazan la vida por el mesianismo exacerbado que amasa el postmodernismo y su peculiar retorica científica que hace eco de vida sintética, genética y realidad virtual por sobre la vida orgánica . Pues además, de la innegable “crisis de valores” que experimenta el convulsionado siglo XXI, aún persisten nuevas modalidades de esclavitud, no necesariamente morales sino comerciales y digitales que tanto se pregonan a lo largo y ancho del mundo entero, para acrecentar la desacralización de lo divino, el inmanentismo y el auge de los desvalores, como evidencias de que la humanidad, aunque sea de modo inconsciente, o quizá autómata vive en el mundo de hoy, con criterios nietzscheanos como el amoralismo, el subjetivismo ético.

1. LA MORAL COMO PROBLEMA REFLEXIVO EN NIETZSCHE

“Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti”.

F. Nietzsche.

No cabe duda que el problema de la moral, particularizado en la moral judeocristiana, constituye el motivo medular de todo el pensamiento de Friedrich Nietzsche, hasta tal punto de poderse afirmar, que los distintos libros de Nietzsche son uno solo, y su confrontación en torno a la moral, determinan el pensamiento y la vida del hombre occidental. Esto es lo que hace que en todas y cada una de sus obras salte un tema recurrente, manifiesto en la consigna de demostrar la falsedad de la moral judeocristiana, desacralizándola y desenmascarando su carácter divino, para demostrar que esta es de procedencia netamente humana, producto de los intereses de la casta sacerdotal dirigente, y herencia de los pueblos antiguos, particularmente del pueblo de Israel, por lo cual sus pretensiones propugnan por dominar a todos los pueblos, a toda la humanidad. El mismo Nietzsche reconoce este carácter unitario de su obra, cuando en el prefacio a la “Genealogía de la Moral” advierte si algunos hallan incomprensible este libro, si su oído es tardo para percibir el sentido, no es mía la culpa. Lo que digo es bastante claro, suponiendo que se hayan leído mis obras anteriores. Porque, en efecto, solas no son fáciles. Nietzsche (1976).

Las ideas de Nietzsche sobre la moral, se configuran como un proceso evolutivo, de una concepción, inicio, desarrollo y maduración. En “Genealogía de la moral” su crítica de la moral occidental se encuentra en su madurez, cuando el desarrollo de su argumentación es más pleno. De ahí que, aunque se tomarán otras obras de referencia respecto del pensamiento filosófico de Nietzsche sobre la moral, se tendrá como referente principal la “Genealogía”. Y como la misma palabra “genealogía” los indica, se debe ir a la génesis del problema a su arqueología como la para indagar dónde surgió y cómo se fue desarrollando la diatriba nietzscheana contra la moral.

En este mismo sentido, es importante subrayar la posición inmoralista que asumió Nietzsche (1976) en el Prólogo de la Genealogía de la Moral en el que sostiene que “ todo lo que hasta ahora se ha ensalzado en la tierra a aparecido bajo el rotulo de la moral ”, lo cual nos

da pie para pensar que el abandono del “prejuicio moral”, lo ha llevado a poner en entre dicho el valor de los valores, renunciando a buscar el origen del mal fuera del mundo -ilusión afectado por el “prejuicio teológico”. Ello conducirá al autor a replantear el problema de la moral a partir de dos cuestiones fundamentales: ¿en qué condiciones inventó el hombre esos juicios de valor que son las palabras bueno y malvado? ” y “ ¿Cómo estas categorías han frenado o estimulado el desarrollo humano?”.

Destacando la firmeza de su propósito empeñado en atacar a la moral, afirma que “casi tendría derecho a llamarla un nuevo a priori”, un a priori “inmoral, o al menos immoralista”. Nietzsche (1976) porque es sin duda un imaginario social basado en la especulación y acrecentado en la fe antes que en la verosimilitud. Así aparece el concepto de “inmoralistas” que redundara en múltiples pasajes de “El ocaso de los ídolos”. Obra contestataria desde donde es posible observar la exigencia del filósofo a dar cuenta de la ilusión del juicio moral, der su irrealdad de los hechos morales y su reductibilidad a meros “signos”, impuestos por quienes jamás “han dudado de su derecho a la mentira”. En esta perspectiva surge la genealogía de la moral como necesidad de demoler con su propia filosofía una irrealdad de signos, impuesta y mantenida por mentirosos.

Sin embargo, existen razones para sostener, que el ataque mencionado no es completamente radical y que Nietzsche, en cierto sentido, argumenta dentro de un universo de discurso moral. Por ello es que adquiere especial relevancia indagar cual es el elemento característico de la moral en que Nietzsche sustenta su impugnación.

1.1 La preocupación inicial

En la obra póstuma de Nietzsche denominada “Ecce homo”, el filósofo trashumante asegura que fue en y con “Aurora” (1881), cuando emprendió su guerra contra la moral, inaugurando como tal su preocupación inicial en torno a este tema. Según su propio testimonio “Con el libro [“Aurora”] empieza mi campaña contra la moral”. Nietzsche (2002). Pronunciamento que nos da pie para deducir que fue gracias al Prefacio de la “Genealogía de la moral” que sus ideas acerca del origen de los prejuicios morales, hallaron su primera

expresión lacónica y provisional, latente entre otras cosas en la colección de aforismos rotulada: *Humano, demasiado humano. Un libro para los espíritus libres*. En esta perspectiva es fácil concluir afirmando que fue a sus 32 años de vida que empezó sus reflexiones en torno a la moral. Ello es puesto en evidencia por parte Nietzsche (1967) cuando en compañía de la pregunta por el bien y el mal sostiene

“Por un escrúpulo de la niñez que me atraía con fuerza irresistible (y que no debiera confesar por lo mismo que se refiere a lo que hoy se llama moral) –tan contrario a mi juventud, origen y ambiente, que casi podría llamarlo mi *a priori*-, mi curiosidad y mis sospechas hubieron de detenerse ante esta cuestión: “¿Cuál es en definitiva el origen de nuestras ideas del bien y del mal? A los trece años este problema no se apartaba ya de mi mente: a la edad en que “Dios y los juegos de la infancia llenan el corazón”, consagré a esta cuestión mis primeros “pinitos” de caligrafía filosófica”.

Pronunciamiento que nos conduce a pensar que el origen de las prescripciones morales, se remonta hacia el joven Nietzsche quien a sus 13 años de edad, vislumbro una brecha entre la moral de esclavos y la moral de señores, bifurcación que dilato en sus disertaciones filosóficas hasta tal punto de hacerla madurar durante casi veinte años después, donde logro abordar la preocupación moral bajo la lupa de la genealogía y el nihilismo más brillante, para finalmente dar respuesta a la pregunta por la emancipación del pensamiento y la abolición de la servidumbre moral.

1.2 Maduración del problema

Tomando como base el fundamento epistemológico de la “Genealogía de la moral”, se puede hacer explícito un proceso de maduración en torno a los aforismos y sentencias intempestivas pronunciadas por Nietzsche contra la moral. En su maduración inicial Nietzsche da un testimonio fehaciente de que tales ideas no fueron el producto del azar o de una casualidad repentina, sino, todo lo contrario, el resultado de un largo proceso de decantación de conocimiento, cuyo motor no es otro que el de la “voluntad de conocimiento”, esto es, el querer conocer más y hacer un proceso de Meta cognición en torno a la realidad de la moral y la verdad sobre dicha realidad. Según el mismo Nietzsche, dicha voluntad de conocimiento busca expresarse con un lenguaje “cada vez más neto” y exige “conceptos cada vez más precisos”, aduciendo que ello obedece a que, precisamente, el filósofo no puede aventurarse a lanzar en materia de conocimiento conceptos subjetivos y aislados sino, que se impone, la objetividad y

la búsqueda intencionada de la verdad sobre algo. En efecto, Nietzsche (1972) sostiene al respecto

(...) “las ideas datan de fecha más antigua. Eran ya substancialmente las mismas que las expresadas en los presentes libros: ¡de esperar es que en tan largo intervalo hayan ganado en madurez, en claridad y en perfección! El hecho de que aún las retengo, habiéndose apretado cada vez más hasta entrelazarse y fundirse, confirma en mí la seguridad de que no nacieron al azar, esporádicamente, sino que brotaron de un tronco común, de una fundamental voluntad del conocimiento, que gobierna y dirige las fuerzas más íntimas, y que habla con un lenguaje cada vez más neto y exige conceptos cada vez más precisos. Esta es la única manera de pensar digna de un filósofo. No tenemos derecho a vivir aislados. No nos está permitido engañarnos ni encontrar la verdad casualmente”.

Consecuentemente afirma Nietzsche que ante la primera formulación de su problema, le asaltaron dos preguntas, la primera saber “¿Cuál es en definitiva el origen de nuestras ideas del bien y del mal?” y la segunda descubrir ¿Qué implica desvalorizar las categorías de bueno y malo respectivamente?.. En este desafío encontró inicialmente una respuesta teológica, por cuanto aducía que la existencia de Dios se originaba a partir del concepto paralelo de “la paternidad del mal”. Pero como esa respuesta teológica no le satisfacía del todo, y llegando a discernir entre los presupuestos teológicos y morales, decidió no buscar la respuesta-solución a su problema fuera del mundo, lo cual le obligó a realizar un giro sustancial en la formulación del problema, es decir, Nietzsche re-formuló el problema, no preguntándose ya por el origen del bien y del mal sino por las circunstancias que rodearon al ser humano para que inventara los valores “bien y mal”. Al respecto Nietzsche (1967) sostiene,

“(…) mi curiosidad y mis sospechas hubieron de detenerse ante esta cuestión: “¿Cuál es en definitiva el origen de nuestras ideas del bien y el mal?” (...) Y claro está que la solución del problema estaba en Dios, a quien yo atribuía la paternidad del mal (...) Felizmente, pronto aprendí a distinguir el prejuicio teológico y el prejuicio moral –y no busqué ya el origen del mal más allá del mundo. Alguna educación histórica y filológica y cierto tacto innato, delicado, para las cuestiones psicológicas, transformaron pronto mi problema en este otro. ¿De qué modo inventó el hombre estas apreciaciones: el bien y el mal”.

Tomando como referencia, las múltiples reflexiones en torno a la moral, Nietzsche busca afanosamente una motivación para animarse a publicarlas. Su determinación llega a través de la lectura de un libro del médico Paul Rée, denominado “*Origen de los sentimientos morales*”, con quien posteriormente entablaría una duradera amistad. Dicha obra se había publicado en 1877, época en que Nietzsche se encontraba escribiendo su obra póstuma “*Humano, demasiado*

humano” (1869). Según declara el mismo Nietzsche, ésta obra contiene la incidencia de Paul Rée, no en cuanto a su conceptualización sobre la moral, sino en cuanto le sirvió de referencia para atreverse a lanzar sus propias hipótesis en torno a la moral, ya fuera para complementar o darles un giro distinto a los planteamientos del doctor Rée, tal como afirma el mismo Nietzsche (1877) quien sostiene

“El acicate que me movió a publicar algunas de mis hipótesis acerca del origen de la moral, fue la lectura de un librito claro, limpio, sagaz, con sagacidad de viejo; de un libro que, por vez primera, me presentaba un género, inglés puro, de hipótesis genealógicas “invertidas” Este libro me atrajo con aquella fuerza que posee todo lo que nos contradice, todo lo que nos es antípoda. Intitula base *Origen de los sentimientos morales*; su autor es el doctor Paul Rée, y se publicó en 1877. Quizá nunca he leído cosa que despertase mi contradicción con tanta energía, frase por frase, tesis por tesis, sin amargura, sin impaciencia”.

Seguidamente cita Nietzsche los aforismos de “*Humano, demasiado humano*” donde nuevamente hace referencia a los planteamientos de Paul Rée. Allí el filósofo del matillo recuerda cómo en la obra anteriormente citada se propuso dilucidar el valor de la moral saldando, al mismo tiempo, una especie de deuda formativa que le debiera a su antiguo maestro Arthur Schopenhauer. Dicha afirmación se ve ratificada en el pronunciamiento nietzscheano (1967) que afirma

“En el fondo, lo que yo me proponía era algo más importante que un mundo de hipótesis, propias o extrañas, acerca de la moral, o más exactamente, este era uno de mis caminos múltiples. De lo que yo trataba era del valor de la moral y acerca de este punto, yo no tenía que explicarme sino para con mi ilustre maestro Schopenhauer, a quien se dirigía este libro con toda su pasión y su secreta oposición”

Sin embargo, y por obvias razones, la “*Genealogía de la moral*” se ocupa,- como su nombre lo indica-, de los orígenes de los sentimientos morales, de cómo se inventó el hombre los valores del bien y del mal, de cómo surgieron las pestes y malestares morales, lo cual implica hacer una crítica de los valores morales y, ante todo, una crítica del valor mismo de estos valores, preguntándose a manera de meta cognición cómo se formaron y se deformaron dichos valores del bien y del mal, tal como el mismo Nietzsche (1967) lo propone

“Necesitamos una crítica de los valores morales, y ante todo discutir *el valor de estos valores*, y por eso es de toda necesidad conocer las condiciones y los medios ambientes en que nacieron, en que se desarrollaron y deformaron (la moral como consecuencia, máscara, hipocresía, enfermedad o equivocación, y también la moral como causa, remedio, estimulante, freno o veneno), conocimiento tal que nunca tuvo semejante ni es posible que lo tenga”.

De esta manera, Nietzsche llega a la parte crucial y como tal al meollo del problema, en el que parte del supuesto de concebir que el bien y lo bueno son superiores al mal y lo malo, para preguntarse si acaso no es verdad lo contrario, o que la persona buena quizás sea una manifestación de alguien enfermizo, decadente, peligroso y maligno, producto de una actitud malévola. Concluyendo con ello que la moral representa el mayor peligro para el mejoramiento de la humanidad. Tal como el mismo Nietzsche (1967) lo sentencia

“Era un verdadero postulado el valor de estos valores [morales]: atribuíase al bien un valor superior al valor del mal, al valor del progreso, de la utilidad, del desarrollo humano. Y ¿por qué? ¿No podría ser verdad lo contrario? ¿No podría haber en el hombre “bueno” un síntoma de retroceso, un peligro, una seducción, un veneno, un narcótico que diese vida a lo presente a expensas del porvenir? (...) ¿De tal manera que fuese culpa de la moral el no haber llegado el tipo-hombre al más alto grado de poder y de esplendor? ¿Y de manera que entre todos los peligros fuese la moral el peligro por excelencia?.

Es entonces que Federico Nietzsche emprende en su “*Genealogía de la moral*”, su exploración investigativa encaminada a desentrañar la verdad acerca del origen de los valores morales. En su intento de búsqueda de investigación histórica, Nietzsche se figura como el descubridor de un nuevo continente: el país de la moral, del que extraerá la verdadera historia de la moral, o en el que practicará la excavación del pasado de la moral humana, basado en la realidad de las evidencias históricas de lo que pasó, superando la actitud romántica de quienes fraguaron hipótesis quiméricas, sin fundamento real, especialmente de los psicólogos ingleses (Locke, Hume,) tal como sostiene el mismo Nietzsche (1967) cuando declara

“Después que se abrió ante mis ojos esta perspectiva, busqué colaboradores eruditos, audaces y laboriosos, y todavía los busco. Trátase de resolver una multitud de problemas nuevos; trátase de recorrer, con pies nuevos y ojos nuevos, el inmenso, lejano y misterioso país de la moral, de la moral que verdaderamente vivió y fue vivida; ¿no es esto descubrir un continente?... Si he pensado en el doctor Rée, es porque vi que la naturaleza misma de sus problemas le llevaba a un método más racional. ¿Me engañé en esto? Ello es que no pretendí sino dar a una vista tan penetrante y tan imparcial una dirección mejor: la dirección hacia una verdadera historia de la moral; pretendí ponerle en guardia contra un mundo de hipótesis inglesas edificadas en el azul vacío. Es claro que para el genealogista de la moral hay un color cien veces preferible al azul, el color gris, es decir, todo lo que se funda en documentos, todo lo que consta que existió, todo el largo texto jeroglífico, laborioso, casi indescifrable del pasado de la moral humana”.

Por tanto, no queda otra opción sino transitar por las tupidas sendas de ese continente moral, discernir la génesis del pasado histórico de la moral cristiana, que deberá ser guiada en todo momento por la mano de la filosofía del martillo y su excéntrico nihilismo.

2. NIETZSCHE Y LA REVISIÓN DE LA MORAL DE OCCIDENTE

"Hay espíritus que enturbian sus aguas para hacerlas parecer profundas"

F. Nietzsche

Nietzsche constituye su obra *"Genealogía de la moral"*, como una revisión de la moral de occidente, una nueva lectura de la moral fundada en criterios históricos, cosa que también hace en las demás obras, tanto en las que antecedieron a esta como en las que le sucedieron, porque no cabe duda que los planteamientos de Nietzsche son un cuestionamiento del pensamiento occidental, dentro del cual la moral es el aspecto central y vertebral, porque la moral atraviesa el pensamiento y el obrar del ser humano, es, según Nietzsche, lo que explica la actuación humana, razón por la cual el pensador alemán definía la moral como el peligro por excelencia de la humanidad, y no algo de segunda importancia como consideraban otros, inclusive el mismo Paul Rée.

Pues bien, tal como advierte en el mismo Prefacio a su *"Genealogía de la moral"*, esta obra consta de tres textos o ensayos que en si son tres o disertaciones sobre la moral: la primera disertación se titula: "Bien y mal", "Bueno y malo", en que Nietzsche trata de los criterios valorativos en la antigüedad hasta el cambio esencial en la tabla de valores por acción del cristianismo, el cual, según Nietzsche no nace por acción del Espíritu de Dios, sino como producto del "espíritu del resentimiento"; la segunda disertación titulada: "La "falta", la "mala conciencia" y lo que se les parece", en que Nietzsche cuestiona la conciencia como la "voz de Dios" en el hombre" en tanto es solamente el instinto de crueldad que se repliega sobre sí mismo cuando no ha podido exteriorizarse o desahogarse, de ahí que, según Nietzsche, la crueldad, la agresión y la violencia son unas realidades que no pueden suprimirse de la civilización y sociedad humanas. Y la tercera disertación, denominada: "¿Cuál es el fin de todo ideal ascético?", en que Nietzsche explica el ideal ascético-religioso, establecido por el pensamiento judeo-cristiano como la pauta de comportamiento que lleva a la perfección del ser humano, como el producto de una fuerza o potencia maléfica que atenta precisamente, contra la realización del hombre y de la humanidad.

De estas tres disertaciones o partes de “*Genealogía de la moral*”, se considerará de manera más o menos amplia, la primera, porque constituye en sí misma el origen de los valores morales cristianos o de occidente, lo cual será articulado con otras apreciaciones de otras obras de Nietzsche.

2.1 El sentido de lo bueno y de lo malo en la antigüedad

Nietzsche comienza sus disertaciones en torno a la genealogía de la moral refiriéndose a la actitud reflexiva que sobre la moral emprendieron los empiristas ingleses, aduciendo claramente que los trabajos de los empiristas ingleses John Locke y David Hume: “Cartas sobre la tolerancia” e “Investigación sobre los principios de la moral” respectivamente, fueron pieza clave para reconocer las tentativas que hasta hoy se han hecho para construir una historia de los orígenes de la moral. Pero al mismo tiempo les reprocha su falta de cientificidad histórica cuando sostiene que estos historiadores de la moral son unas buenas personas. Pero les falta el *espíritu histórico*, les falta la inteligencia del pasado. Tienen, según es vieja tradición en los filósofos, una manera de pensar esencialmente antihistórica. Nietzsche (1967).

Posteriormente agrega Nietzsche, que según aportes de otros ingleses: Heriberto Spencer y William James, aparece la utilidad en el origen de la moral, apreciación que Nietzsche considera errónea desde el mismo momento en que se pretende precisar el origen del concepto “bueno”. En efecto, retoma Nietzsche una afirmación de tales autores, según la cual: “Al principio –dicen- las acciones altruistas fueron alabadas y reputadas buenas por aquellos a quienes eran “útiles”; más tarde se “olvidó” el origen de esta alabanza y se llamaron buenas las acciones altruistas por costumbre adquirida del lenguaje, como si fueran buenas en sí mismas. Nietzsche (1976); para, seguidamente, demostrar que esta apreciación de origen del concepto “bueno” está equivocada, por cuanto, arguye, no es como aquellos autores refieren, que las acciones fueron llamadas “buenas” por aquellos a quienes les eran útiles, es decir, los subalternos, sino que tales acciones fueron llamadas así por las mismas personas de quienes provenían, esto es, por aquellas personas que pertenecían a la clase superior, a los nobles, a los guerreros, a los fuertes; ellos, los poderosos y superiores, simplemente buscaban definir sus

acciones sin importarles la utilidad de las mismas, sólo buscaban identificar sus actos y acciones consigo mismos. Al respecto afirma Nietzsche (1967),

“Para mí es evidente que esta teoría [de los utilitaristas y pragmáticos] busca el origen del concepto “bueno” en un lugar donde no está: el juicio “bueno” no emana de aquellos a quienes se prodigó la “bondad”. Fueron los mismos “buenos”, los hombres distinguidos, los poderosos, los superiores, quienes juzgaron “buenas” sus acciones, es decir, “de primer orden”, estableciendo esta nomenclatura por oposición a todo lo que era bajo, mezquino, vulgar y populachero. Se arrogaron desde su altura el derecho de crear valores y determinarlos: ¡qué les importaba la utilidad”.

Por consiguiente, según Nietzsche, el origen de la palabra, del concepto, del juicio y del valor “bueno” tiene inclusive un origen “político”, clasista, pues surge de la misma naturaleza de los poderosos, superiores, distinguidos, nobles, de modo que no es la utilidad la que explica el origen de dicho concepto sino más bien, el sentimiento, si, el sentimiento y conciencia de clase. Así fue cómo se consideraron “buenas” las acciones realizadas por los aristócratas y dominadores, quienes, además, tuvieron por “malas” las realizaciones de los de abajo, plebeyos, “vulgares”, débiles, dominados. Al respecto afirma Nietzsche (1967)

“El punto de vista utilitario es de todo punto inaplicable cuando se trata de la fuente viva de las apreciaciones supremas que constituyen y distancian a las clases sociales: fue el sentimiento, no la utilidad –y no en una hora de excepción, sino en todo tiempo-. Lo repito: la conciencia de la superioridad y de la distancia, el sentimiento general, fundamental y constante de una raza inferior y baja, determinó el origen de la antítesis entre “bueno” y “malo”. (Este derecho de dar nombres va tan lejos, que puede considerarse el origen mismo del lenguaje como un acto de autoridad que emana de los que dominan”.

Nietzsche asegura que las hipótesis tanto de los psicólogos y utilitaristas ingleses no tienen fundamento histórico, e inclusive asegura que tampoco se pueden defender en el terreno psicológico, porque no comprende cómo pudieron cambiar los valores de lo bueno y lo malo, si nunca ha podido desaparecer la utilidad de los actos llamados buenos. De modo que el cambio o transvaloración inicial de lo bueno y de lo malo, sólo debe tener otra explicación, la de que unos dominaban y otros eran dominados, y luego cambió ese orden, los dominados pasaron a ser dominadores. Sin embargo, Nietzsche (1976) admite que la explicación de Spencer, que equipara lo “bueno” con lo “útil”, es más lógica que la anterior, pero aunque sensata y psicológica, también es errónea,

“Mucho más lógica, aunque no más verdadera, es la opinión de Herberto Spencer, el cual considera los conceptos “bueno” y “útil” como de esencia semejante; de suerte que la humanidad, por los juicios “bueno” y “malo”, resumiría y sancionaría sus experiencias inolvidables acerca de lo que es útil y conveniente, o inútil e inconveniente. Según esta teoría, es bueno aquello que en todos los tiempos se reveló como útil, y de ahí luego “su valor esencial”. Esta tentativa de explicación es errónea, pero sensata y psicológica”.

Apoyado en el criterio de que los poderosos y aristócratas se arrogaron el derecho de dar nombres, en lo que Nietzsche también encuentra un serio argumento del origen del lenguaje, que él concibe como un acto autoritario, se dispone a explorar el origen de los valores “bueno” y “malo” en el campo de la filología (que era el campo dominado por Nietzsche) y, específicamente, en el área de la etimología. En las distintas lenguas encuentra que la palabra “bueno” tiene un origen clasista e inclusive político, por cuanto implica ejercicio de poder en la organización social, identificando Nietzsche que la palabra “bueno” deriva y está relacionada con las ideas de distinción, nobleza, privilegio, de igual manera que las ideas de vulgar, plebeyo y bajo están relacionadas con la noción y palabra “malo”: Esto se ve ratificado en el pronunciamiento nietzscheano (1967) que afirma

“La indicación del verdadero método me fue dada por esta pregunta: ¿cuál es, según etimología, el sentido de la palabra “bueno” en las diversas lenguas? Entonces descubrí que esta palabra en todas las lenguas se deriva de una misma transformación de ideas; descubrí que en todas partes la idea de “distinción”, de “nobleza”, en el sentido de rango social, es la idea de “noble” en el sentido de “privilegiado en cuanto al alma”. Y este desarrollo es siempre paralelo a la transformación de las nociones “vulgar”, “plebeyo”, “bajo”, en la noción de “malo”.

Nótese que cuando Nietzsche alude a que la palabra “bueno” significa “superior”, “noble”, esta nobleza sólo hace mención a la condición social, hasta diríase que a una condición material, pero cuando luego “noble” hace alusión a “privilegiado en cuanto al alma”, el sentido “noble” y “bueno” se han “espiritualizado”, han sufrido una metamorfosis que corresponde a la transmutación de valores generada por la clase baja, la plebe, el populacho. Pero esto será materia de reflexión en un punto posterior, basta dejar establecida una primera idea aquí.

Continuando con el proceso investigativo del filólogo alemán, él encuentra que las distintas raíces y palabras que designan y significan “bueno” hacen alusión a la naturaleza misma de los privilegiados, de la clase superior, a su condición de superior, según ellos mismos, los

nobles, patrones o dueños se definieron como superiores, o sea que tiene “bueno” una función de sustantivo, pero también encuentra cómo por decisión de los mismos nobles y privilegiados, la palabra “bueno” adquiere el carácter de adjetivo, en tanto designa un calificativo de los “buenos”, ser “verídicos”, es decir, que no se contradicen, en que sus acciones corresponden a su condición y, por lo tanto, no mienten, no falsean su condición, no aparentan ser lo que no son; en cambio, los plebeyos son los mentirosos, los embusteros. Aquí, nuevamente Nietzsche, hace la observación de que después de haber decaído la nobleza, la plebe hizo que la palabra “noble” adquiriera una connotación espiritual, referida a una condición o estado de alma, “noble de alma”, evidenciándose en consecuencia una transvaloración de los términos y, por supuesto, de los valores, “bueno” y “malo”, tal como sostiene el mismo Nietzsche (1967) quien afirma

“Por lo que concierne a nuestro problema..., importa observar que a través de las palabras y raíces que significan “bueno”, se transparenta el matiz principal por el cual los “nobles” teníanse por hombres de un rango superior. Verdad es que en la mayor parte de los casos tomaron su nombre de la superioridad de su poder (“los poderosos”, “los dueños”, “los jefes”), o de los signos exteriores de esta superioridad (“los ricos”, “los poseedores”) (...) Sin embargo, muchas veces un *rasgo típico del carácter* determina el epíteto, y este es el caso que aquí nos interesa. Se llaman, por ejemplo, “los verídicos”: así se designa la nobleza griega por boca del poeta megarenses Theógonis. La palabra εσθλος significa “alguien que es”, alguien que es real, que es verdadero; después, por una modificación subjetiva, el verdadero viene a ser el verídico: a esta fase de la transformación de la idea vemos que la palabra que la expresa viene a ser la contraseña de la nobleza, y toma en absoluto el sentido de “noble” por oposición al hombre “embustero” de la plebe, según le concibe y le describe Theógonis; hasta que por fin, cuando la nobleza declina, aquella palabra viene a significar la nobleza de alma, y al mismo tiempo algo de maduro y de endulzado”.

Nietzsche encuentra luego que “malo” designaba al plebeyo, al de abajo, que en contraposición al “noble” que era poderoso y fuerte, el malo es cobarde. Pero Nietzsche, además, relaciona al malo con individuos o razas de características oscuras, cabello negro e incluso tez oscura o morena, los itálicos, por ejemplo, en oposición a los nobles nórdicos o celtas que eran “en extremo rubios”, que conquistaron y sometieron a Roma. Y así, el “noble”, el superior, es el “puro” en cuanto a su raza, toda vez que significaba en la antigüedad “el de cabellos rubios”, según infiere el mismo Nietzsche (1967) quien afirma

“El latino *malus* (que yo relaciono con μελας, “negro”) pudo designar al hombre plebeyo de color moreno y cabellos negros (*hic níger est*), al autóctono precario del suelo itálico, que se distinguía mucho, por su color, de la raza dominadora y conquistadora de los rubios arios. A lo menos el gaélico me suministra un indicio

semejante: -la palabra *fin* (por ejemplo, en *Fin-Gal*), término distintivo de la nobleza, y que en último análisis significa “el bueno”, “el noble”, “el puro”, significaba antiguamente “el de cabellos rubios” en oposición al autóctono de cabellos negros. Los celtas, dicho sea de paso, eran en extremo rubios”.

En contraposición, o como afirma Nietzsche, como antítesis del latino “malus” (malo), el latino “bonus” (bueno) es el guerrero, palabra que adquiere esta forma después de haber sido “duellum” y que hacía referencia a “duelo”, pelea o disputa, y que está acorde con su actitud valerosa y conquistadora. En efecto, afirma Nietzsche (1969):

“Creo poder interpretar el latino ‘bonus’ por ‘el guerrero’: llevando bonus a su forma antigua de duonus (compárese bellum = duellum = duenlum, donde parece conservarse duonus). Según esto, bonus sería el hombre de la disputa (dúo), el guerrero: he aquí lo que constituye la bondad de un hombre de la Roma antigua”.

Por consiguiente, los sentidos de “bueno” y “malo” entre los aristócratas y los plebeyos muestra hondos contrastes, ya que como otros aspectos en su vida, la idea de “bueno” surge espontáneamente en el poderoso, emana de su propio yo, y la idea de “malo” surge por antítesis o por complemento, mientras que el esclavo llamó a lo “malo” “maligno”, pero surgió como idea original de su naturaleza “mala”, baja, cobarde, débil. Y es más, afirma Nietzsche (1969) que la nobleza del aristócrata llega al punto de que fácilmente olvida a su enemigo y no le guarda rencor, mientras que el esclavo es rencoroso y guarda permanentemente su aversión hacia el contrario, en quien medita constantemente, y modifica el concepto “malo” del aristócrata por el de “maligno”. Dicha afirmación se ve corroborada cuando el mismo Nietzsche (1967) sostiene

“El aristócrata, en una sola sacudida, se desembaraza de la bilis que en los otros hace morada; sólo él puede amar a los enemigos, si es que tal amor es posible sobre la tierra. El respeto del hombre superior a su enemigo, es camino abierto para el amor... ¡Él no puede soportar a un enemigo que no sea venerable! Por el contrario, el hombre rencoroso medita continuamente en el enemigo, le crea, le concibe como “maligno”, como antítesis del “bueno”... de sí mismo. De manera que encontramos aquí un procedimiento opuesto al del hombre aristócrata, el cual saca espontáneamente de su propio “yo” la idea fundamental de “bueno”, de dónde saca por antítesis la de “malo”. El “malo” del aristócrata y el “maligno” del rencoroso ofrecen un singular contraste: el primero es una creación posterior, un accesorio, un matiz complementario; el segundo es la idea original, el comienzo, el acto por excelencia en la concepción de una moral de esclavos. Y tampoco es único el concepto “bueno”. Preguntad a los esclavos cual es el “malo” y señalarán al personaje que en la moral aristócrata es “bueno”, es decir, el poderoso, el dominador. Sólo que los esclavos le miran al revés, con la mirada venenosa del rencor. Y he aquí una observación curiosa: el esclavo, que ha tenido por enemigos a estos “buenos”, no ha conocido más que enemigos malignos”.

Aparte del contraste de significado y procedencia de los valores “bueno” y “malo” entre aristócratas y plebeyos, las palabras “bueno” y “malo” se relacionan directamente con la pureza e impureza de raza: “bueno” equivale a “puro” y “malo” a “impuro”, según lo cual Nietzsche advierte una connotación proveniente de la casta o clase social; pero también hace notar cómo al principio sencillamente la palabra “puro” simplemente denotaba a aquel que se lava, que se limpia o se baña, que evita ciertos alimentos y desecha las mujeres plebeyas o sucias (impuras), pero no tenía esa connotación virtuosa de “pureza” contrapuesto al de “pecaminosidad” como lo tendría luego, gracias al sentido acuñado por la casta sacerdotal, trasladando, por lo mismo, el sentido de bondad a un plano de conducta ascético-religiosa. Pero claro, la sacerdotal constituía una clase social, una casta que se endilgaba la supremacía, la superioridad respecto de los demás, era la casta “fuerte”, “poderosa”. Pero luego el sentido, la significación, rebasa la clase social y se convierte en una connotación psicológica y ética, de comportamiento. Al respecto sostiene Nietzsche (1967)

“(…) no constituye una excepción el que la casta más elevada forme al mismo tiempo la *casta sacerdotal* y prefiera un título que designe sus funciones. De este modo, la oposición “puro” e “impuro” sirvió primeramente para distinguir las castas, y allí se desarrolló más tarde una diferencia entre “bueno” y “malo” en un sentido ya no limitado a la casta. Guardémonos de atribuir a las ideas de “puro” e “impuro” un sentido demasiado riguroso, demasiado alto, y menos todavía un sentido simbólico. Todos los conceptos de la humanidad primitiva comenzaron en un grado que no podemos imaginarnos, y sobre todo simbólico. La palabra “puro” designó sencillamente “un hombre que se lava”, que se abstiene de ciertos alimentos insalubres, que no cohabita con las mujeres sucias de la plebe y que tiene horror a la sangre y nada más. Por otra parte, la conducta característica de toda aristocracia sacerdotal indica cómo esta oposición de valores pudo espiritualizarse y acentuarse”.

Nietzsche refiere luego que la casta sacerdotal se las ingenió para “curar” del mal de la desigualdad y la violencia a la humanidad, pero su tratamiento médico resultó contraproducente, resultó más perjudicial el remedio que la misma enfermedad, porque la actitud, o mejor, la ética ascético-religiosa, que acogió igualmente los criterios de “pureza” de la aristocracia, atacó la naturaleza humana, degradó al hombre y lo hizo alcanzar su más profunda bajeza, animalidad o “maldad”. En efecto, en la vida ascética, religiosa, del penitente o anacoreta, el tratamiento dietético, la abstinencia sexual y la evasión de la comunicación social son elementos hostiles y de dominio de la humanidad, es la desnaturalización del hombre. Es allí, en esta actitud “inhumana”, donde Nietzsche ve que esta actitud religiosa que con su metafísica ataca los

sentidos, logra y alcanza la instauración de lo malo en el hombre, pues de esta manera fue cómo el hombre llegó a lo más bajo, a la profundidad y a la maldad, a la maldad más profunda que supera inclusive a los animales, y es lo que explica la supremacía del hombre en el reino animal. Al respecto Nietzsche (1967) sostiene

“¿Y cómo no afirmar que el remedio que preconizaban [los sacerdotes de todos los tiempos] era mil veces peor? Toda la humanidad está sufriendo las consecuencias de este ingenuo tratamiento. Basta recordar ciertas particularidades del régimen dietético (privación de comida), el ayuno, la abstinencia sexual, el desierto (...) Añádase a esto la metafísica sacerdotal hostil a los sentidos, a quienes hace perezosos y refinados (...) Es que en el sacerdote todo resulta más peligroso, no sólo la dietética y la terapéutica, sino también el orgullo, la venganza, la perspicacia, el desenfreno, el amor, la ambición, la virtud y la enfermedad. Sin embargo, justo es consignar que en medio de estos peligros sacerdotales comenzó el hombre a ser un animal interesante, y adquirió su alma la profundidad y la maldad, que son los atributos capitales que le han asegurado la supremacía sobre el reino animal”.

Con la inclusión de la casta sacerdotal en la reflexión y análisis sobre el sentido de “bueno” y “malo” en la antigüedad, Nietzsche está ya tocando lo concerniente a la transvaloración, la transmutación de valores o modificación del sentido primigenio de los valores “bueno” y “malo”, cuya consideración circunstancial amerita se la trate aparte.

2.2 Transmutación de valores

Nietzsche no propone vivir sin valores (llega a considerar incluso que esto es imposible); propone más bien *invertir la tabla de valores*: superar la moral occidental, moral de renuncia y resentimiento hacia la vida, mediante una nueva tabla en la que estén situados los valores que supongan un sí radical a la vida.

La transformación del sentido original de los valores “bueno” y “malo” se dio por circunstancias históricas de la entrada en decadencia de la aristocracia y la intromisión “maligna” de la casta sacerdotal y, particularmente, de la casta sacerdotal del pueblo sacerdotal por excelencia, el pueblo judío, que alimentado por un resentimiento atávico buscó la forma, y se las ingenió para cambiar el sentido original del valor “bueno” y transponerlo, invirtiendo el orden, a lo que naturalmente era su antípoda, a su realidad antagónica, esto es, a la debilidad, al vasallaje, a la plebe, a la esclavitud, y atribuyendo a lo que antes fuera lo superior, lo dominante, lo fuerte

y poderoso el concepto “malo”. En textos anteriormente citados de Nietzsche, cuyos apartes pertinentes vale la pena volver a retomar, el mismo autor afirma que logro descubrir que en todas partes la idea de ‘distinción’, de ‘nobleza’, en el sentido de rango social, es la idea de ‘noble’ en el sentido de ‘privilegiado en cuanto al alma’ (...) cuando la nobleza declina, aquella palabra viene a significar la nobleza de alma”. Nietzsche (1967) ; aquí es posible vislumbrar cómo la transvaloración de los términos “bueno” y “noble” que aluden a un rango social de superioridad y distinción se “espiritualizan” y pasan a significar una condición de alma, transformación que sólo fue posible cuando la nobleza, la aristocracia decayó, y cuando la plebe dio el asalto rebelde de ubicarse en una posición directora.

Es así, como se considera que el no consiste en una teoría filosófica o en una proposición teórica, sino que es un movimiento propio de nuestra cultura. La fuerza del espíritu de occidente, cansado y agotado por los valores inadecuados y falsos de su "verdadero mundo" se vuelve nihilista. ¿Qué significa nihilismo? , que se desvalorizan los más altos valores, falta la meta y falta la respuesta al por qué>>. El nihilismo del espíritu occidental es radical y absoluto, y una vez perdida la fe en el "verdadero mundo", la cultura se queda sin sentido, sin guía o meta aparente, entonces se llega a la decadencia o al pesimismo. Por lo tanto, el nihilismo es una fuerza destructora de la base de la cultura occidental, es decir, de ese Dios cristiano en el que se apoya la moral y el conocimiento del hombre: ¿Dónde se ha ido Dios?, yo os lo digo, nosotros lo hemos matado, todos nosotros somos sus asesinos. Lo único que permanece en Dios muerto son las iglesias. Nietzsche (1967).

2.2.1 Rebelión de los Esclavos.

Estando en un comienzo las cosas en el orden natural de que los conquistadores, los superiores y fuertes dominaban a los cobardes y débiles, es decir, cuando los “buenos” dominaban a los “malos”, nació en estos un sentimiento de odio, de aversión a los conquistadores, surgido sobre un sentimiento de amor a sí mismos. Pero claro, esta actitud, que luego se hizo costumbre o moral, de los humanos con espíritu de esclavos, fue ante todo una respuesta a la acción de los poderosos, de manera que a diferencia de la aristocracia cuya moral es en sí misma afirmación, la moral de los esclavos es una actitud de rechazo, negación y

reacción a la acción poderosa. En estos términos, la moral aristocrática es espontánea, afirmativa, surge de sí misma no necesitando que la motiven externamente, mientras que la moral de esclavos es reactiva, negativa, necesita siempre de estimulantes externos, el poderoso hace reaccionar al dominado. Cuando surge ese sentimiento de odio y animadversión de los esclavos o sometidos hacia los dominadores, se inició la rebelión de los esclavos en el plano moral, como afirma Nietzsche (1967), quien sostiene

“La rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el odio llegó a producir valores, el odio que tenía que contentarse con una venganza imaginaria. Mientras que toda moral aristocrática nace de una triunfante afirmación de sí misma, la moral de los esclavos opone un “no” a todo lo que no es suyo; este “no” es su acto creador. Esta mudanza total del punto de vista, es propia del odio: la moral de los esclavos necesitó siempre de un mundo opuesto, exterior; necesitó de estimulantes externos para entrar en acción; su acción es una reacción. Lo contrario acontece en la moral aristocrática: obra y crece espontáneamente, y no busca su antípoda sino para afirmarse a sí misma con mayor alegría”.

En estos mismos términos, de espontaneidad en la aristocracia y de generación por reacción en la plebe, Nietzsche entiende los distintos aspectos y eventualidades de estas dos esferas sociales. Así, la felicidad, para los aristócratas era una realidad en sí misma, identificada con su misma naturaleza de seres superiores, ellos eran felices en sí mismos; en cambio la felicidad para los esclavos o plebeyos es un sueño, una aspiración, una realidad que quieren a toda costa realizarla, pero no pueden porque, precisamente, son impotentes, contrario a sus antípodas, los “poderosos”. Esa misma impotencia hace que los de abajo alberguen amargura, tristeza, desconfianza, mentira, rencor y múltiples mañas actitudinales, hasta el punto que acojan la prudencia pero no como la virtud en sí misma, sino solamente para disimular, para no hacer notar lo que realmente pretenden, pues sus verdaderas intenciones las ocultan en su alma que de por sí es oscura, ellos no pueden ser francos y claros como los aristócratas que se muestran tal como son. Al respecto sostiene Nietzsche (1967)

“Los aristócratas tenían el *sentimiento* de ser “los felices” (...) en su cualidad de hombres completos, vigorosos y necesariamente activos, no acertaban a separar la felicidad de la acción... Todo esto está en profunda contradicción con la “felicidad” que imaginan los impotentes, los obstruidos, los de sentimientos hostiles y venenosos, a quienes la felicidad aparece bajo la forma de estupor, sueño, de reposo, de paz, de “sábado”, en una palabra, bajo su forma pasiva. Y mientras el aristócrata vive lleno de confianza y de franqueza para consigo mismo (esto es lo que designa “noble de nacimiento”), el hombre de rencor no es ni franco, ni cándido, ni leal consigo mismo. Su alma es torva...; le encanta todo lo oculto...; sabe guardar el silencio, no olvidar, esperar, hacerse chiquito provisionalmente, humillarse. Esa raza

rencorosa concluirá por ser más *prudente* que la aristocrática y honrará sobremanera la virtud de la prudencia”.

Allí, agazapado en el silencio de su alma, bajo la forma de la prudencia, el esclavo esperó el tiempo necesario hasta poder dar el zarpazo de su liberación, maquinando calmadamente la manera de dar el golpe, y claro como es un espíritu rencoroso, entre más tiempo pasara mayor se hacía el deseo de venganza, pues el rencor le hostigaba sobremanera; y es que la misma prudencia asociada al deseo de venganza, desarrolla la inteligencia en forma de astucia. Ahora bien, esta rebelión de los esclavos fue dirigida por la clase “superior” de los esclavos, los sacerdotes, y no podía haber ocurrido de otra manera, por cuanto, según Nietzsche, la casta sacerdotal, que es impotente porque se funda en la debilidad del hombre, contraponiéndose a la aristocracia guerrera que se funda en la fuerza, en la educación física y el desarrollo muscular del individuo, es muy rencorosa y demasiado peligrosa por ser muy vengativa, astuta e inteligente. Las aristocracias guerrera y sacerdotal se disputaban el dominio de las masas, y al fin se yergue dominante la casta sacerdotal. Esto explica que la rebelión y emancipación de los esclavos la hubiera emprendido el pueblo judío, el pueblo sacerdotal por excelencia, de donde surge la moral judeocristiana que es una manera de buscar vengarse del oprobio a que fue reducido el pueblo judío a lo largo de su historia.

Pero por la misma condición de ser los esclavos impotentes físicamente, su emancipación no podían hacerla en términos materiales, entonces se ingeniaron una forma espiritual de liberarse, más sutil pero mucho más trascendente: efectuando la mudanza de valores. Es por eso que Nietzsche sostiene que la rebelión esclavista encabezada por los judíos ha sido tan dañina y tan tremenda en contra de la nobleza humana, que no tiene precedentes en la historia de la humanidad, es que era llevada a cabo por una “inteligencia maligna”. En efecto, afirma Nietzsche (1967) que

“Los sacerdotes son los enemigos *más malignos*; ¿por qué? Porque son los más impotentes. La impotencia hace crecer en ellos un odio monstruoso, siniestro, intelectual y venenoso. Los grandes vengativos, en la historia, fueron siempre sacerdotes; y nada puede compararse con el ingenio que desarrolla el sacerdote en su venganza. La historia de la humanidad sería una cosa insípida sin el ingenio con que la amenizaron los impotentes. Pongamos el ejemplo más notable. Todo lo que en la tierra se hizo contra los “nobles”, los “poderosos”, los “amos”, los “gobernantes”, no puede compararse con lo que hicieron los *judíos*. Los judíos se vengaron de sus

dominadores por una radical mudanza de los valores morales, es decir, con una *venganza esencialmente espiritual*. Sólo un pueblo de sacerdotes podía obrar así”.

Es entonces que la categoría social de los esclavos asestan el golpe trasponiendo los valores, volteando cabeza abajo lo que antes estaba de pies, a lo bueno llamaron malo, a lo malo bueno, a lo débil lo fortalecieron y privilegiaron, y condenaron a lo poderoso.

2.2.2 Emancipación y Venganza Espiritual de los Esclavos.

Según Nietzsche, la venganza de los inferiores es el más claro y rotundo acto de rebeldía y rencor contra lo poderoso, lo noble y lo bueno; y la venganza de los esclavos fue de carácter espiritual, en la moral, haciendo que los desechados, débiles y timoratos se convirtieron en los predilectos y benditos de Dios, mientras que los poderosos, valientes, insaciables e impíos fueron los réprobos o malditos, los condenados. Y esto lo hicieron haciendo acopio de astucia, de inteligencia, pero claro, como era la inteligencia de lo inferior, de lo débil, de lo malo, era una inteligencia mala, maligna, pero no por ello menos lógica que la de los poderosos, y, antes por el contrario, alimentada por el rencor y guardada por la prudente espera, esta inteligencia maligna desarrolló una lógica grandiosa e inclusive admirable, o como afirma Nietzsche, “formidable”, es decir, una lógica fuerte. Lo que estaba arriba lo pusieron abajo, y lo que estaba abajo lo ensalzaron, es decir, pusieron de cabeza el pensamiento y la acción de la aristocracia antigua. Al respecto afirma Nietzsche (1967), recordando inclusive una afirmación que hiciera en otra obra suya: “*Más allá del bien y del mal*”: donde sostiene

“Los judíos, con formidable lógica, echaron por tierra la aristocrática ecuación de los valores “bueno”, “noble”, “poderoso”, “hermoso”, “feliz”, “amado de Dios”. Y con el encarnizamiento del odio, afirmaron: “Sólo los desgraciados son los buenos; los pobres, los impotentes, los pequeños, son los buenos; los que sufren, los necesitados, los enfermos, los lisiados, son los piadosos, son los benditos de Dios; sólo a ellos pertenecerá la bienaventuranza; por el contrario, vosotros que son nobles y poderosos, seréis para toda la eternidad los malos, los crueles, los codiciosos, los insaciables, los impíos, los réprobos, los malditos, los condenados...” Sabio es quien recogió la herencia de estas apreciaciones judaicas... Y recuerdo aquí lo que en otro lugar (*Más allá del bien y del mal*, af. 195) dije: “Que con los judíos comenzó la *emancipación de los esclavos en la moral*, esta emancipación que tiene ya veinte siglos de historia que no podemos apartar de nuestra vista porque es victoriosa”.

Esta insurrección, aunque de esclavos fue poderosa, seductora, en que el pueblo judío atrajo a la humanidad con la paradoja de un Dios que se mata para salvar la humanidad, manifestando y dando a conocer, la más “profunda y sublime forma del amor”, y esto no lo afirma ningún teólogo como pudiera parecer a primera vista, es el mismo Nietzsche quien califica con tales términos ese amor surgido del pueblo judío en la paradójica persona de Jesucristo. Claro que Nietzsche, siguiendo el hilo de sus consideraciones, presenta ese amor del judío Jesús como resultado del odio de los esclavos, del pueblo esclavo judío, que como todos los esclavos odia lo poderoso, lo superior, lo aristocrático, y claro, ese odio también era “el odio más profundo y sublime” que haya existido. En efecto, afirma Nietzsche (1967)

“¿Entendéis por qué esta cosa [*la emancipación de los esclavos*] necesitó de dos mil años para triunfar?... No es extraño: todo lo largo es difícil de ver. Sobre el tronco del árbol de la venganza y del odio –y esto es lo que pasó–, del odio judaico, del odio más profundo y sublime que conociera jamás el mundo, del odio creador del ideal, del odio transmutador de los valores, del odio sin semejante en la tierra, del tronco de este odio salió una cosa incomparable, *un amor nuevo*, la más profunda y la más sublime forma del amor. Pero no se crea que el amor se desarrolló sobre este tronco (único sobre el que podía desarrollarse) como antítesis de esta venganza y de este odio. Al contrario, el amor salió de este odio como su cómo su corona triunfante, pero que en el nuevo dominio de la pureza, de la luz y de lo sublime, persigue los mismos fines que el odio: la victoria, la conquista, la seducción”.

Así, matando a la divinidad, el pueblo judío estaba realizando imaginariamente, la venganza que era impotente de llevar a cabo realmente, pues Jesús de Nazaret es representación de lo superior, de lo poderoso, de lo dominante. Sobre Jesucristo y, por acción de la muerte causada por los judíos, nacía el cristianismo que recogía los principios moralistas del pueblo judío y lo proyectaban al resto de la humanidad como un pensamiento particular, el cristianismo. Desde su mismo nacimiento, el cristianismo predicaba con el mismo Cristo a los de abajo, a los débiles, esclavos, pobres y sencillos. Nietzsche demuestra tanto en la “*Genealogía de la moral*” como en “*El Anticristo*” que carácter decadente o “empobrecedor” del cristianismo procede del pueblo donde se gestó esta religión: el pueblo judío; hace ver que no podía ser de otra manera, es una religión surgida de un pueblo que casi siempre vivió dominado, subyugado, en la esclavitud, por cuanto el pueblo judío fue sometido sucesivamente por egipcios, caldeos, persas y romanos, y al no poder remover en la realidad el yugo que lo oprimía, esto es, venciendo físicamente al poderoso, entonces se creó una teología donde su Dios se encarna, se hace hombre y este pueblo mata a su Dios en ese Hombre-Dios, Jesucristo, el Dios encarnado; y claro, al matar a Cristo, el

pueblo judío estaba matando “simbólicamente” al poderoso, al superior, pues era el Dios bajado a la tierra. Además, según Nietzsche, el pueblo judío se inventó la esperanza en la vida eterna, en el más allá, porque sólo así podía vengarse de quienes lo someten en esta vida, y así estableció el premio y el castigo en la “otra vida”, para que los que gozan, ríen, dominan y son poderosos en esta vida, sufran lloren y sean abatidos en la otra vida, mientras que aquellos que sufren (como el pueblo judío) tendrán en la vida futura todos los privilegios. En “*El Anticristo*”, escrita en 1894, siete años después de la “*Genealogía*”, Nietzsche hace alusión a que la “*Genealogía*” fue la primera explicación sobre la esencia de la moral judeocristiana: “En mi *Genealogía de la moral* he dado por vez primera una dilucidación psicológica de contraste entre la moral aristocrática y la moral del resentimiento, esta última derivada del *no* pronunciado frente a aquélla. Mas queda definida así la esencia de la moral judeocristiana”. Nietzsche (1980).

En la misma obra “*El Anticristo*”, Nietzsche concretiza su apreciación de que el cristianismo surge o se entronca en el judaísmo, que no es, como con frecuencia suele creerse, una reacción contra la concepción judía sino su consecuencia, su derivación o proyección del judaísmo bajo una nueva apariencia. De ahí que mientras en “*Genealogía*” habla de que trata esta obra de una explicación del origen de los valores “bien” y “mal”, en la otra obra habla que ella, “*El Anticristo*” trata del origen del cristianismo, de la influencia del espíritu del pueblo judío en el espíritu de decadencia del cristianismo. En efecto, Nietzsche sostiene (1967)

“Me limito aquí a rozar el problema de la *génesis* del cristianismo. La primera tesis para la solución del mismo reza: el cristianismo sólo puede ser comprendido como producto del suelo en que ha nacido; *no* es una reacción al instinto judío, sino la consecuencia del mismo, su lógica terrible llevada a una conclusión ulterior. Dicho en la fórmula del Redentor: “la salvación proviene de los judíos” (...) En un suelo de tal modo *falso*, donde toda naturalidad, todo valor natural, toda realidad tenía que hacer frente a los más soterrados instintos de la clase dominante, creció el *cristianismo*, forma de la enemistad mortal a la realidad que hasta ahora no ha sido superada”.

El espíritu esclavo judío se lanzó a la conquista seductora del hombre, levantando como estandarte de Victoria un símbolo de tortura, de ajusticiamiento de los réprobos y de muerte, la Cruz, haciendo de ella la “Santa Cruz” o instrumento de santificación, exaltando un instrumento de muerte como lo podría haber hecho con cualquier otro instrumento de muerte: la espada, el cadalso, la guillotina, la silla eléctrica, que por virtud de la exaltación rencorosa de los esclavos

pudieron haber pasado a ser la santa espada, el santo cadalso, la santa guillotina, la santa silla eléctrica. En todo caso, la exaltación de la cruz a Santa Cruz es extensiva a todos los instrumentos de ajusticiamiento y muerte. Y claro, la espada es santa espada, y así la espada y la cruz son lo mismo, de manera que si hubo épocas en que por el poder chocaban la aristocracia guerrera y la casta sacerdotal, también llegaron épocas en que las dos aristocracias se fusionaron, lo cual se evidencia recordando las Cruzadas, en que se juntaron el Rey y el Papa, complementándose la fuerza del uno con la persuasión del otro. Al respecto afirma Nietzsche (1967)

“Este Jesús de Nazaret, este evangelio encarnado del amor, este “Salvador” que traía a los pobres, a los enfermos y a los pecadores la bienaventuranza y la victoria, ¿no era él precisamente la seducción en su forma más irresistible, la seducción que por un rodeo había de conducir a los hombres a adoptar los valores judaicos? El pueblo de Israel al herir al Salvador, su aparente adversario, ¿no hirió el verdadero objeto de su odio sublime? ¿No fue la oculta magia negra de una política verdaderamente grandiosa de la venganza, de una venganza previsor, subterránea, lenta y calculadora, el poner Israel en a Cruz a la faz del mundo al verdadero instrumento de su venganza, como si este instrumento fuese su enemigo mortal, a fin de que el mundo todo, es decir, los enemigos de Israel, tuvieran menos escrúpulos en morder el anzuelo más funesto y peligroso? ¿Qué cosa más seductora que este símbolo de la “Santa Cruz”, esta horrible paradoja de un “Dios crucificado”, esta crueldad loca de un Dios que se crucifica Él mismo *por la salvación* de la humanidad?... A lo menos es cierto que con su venganza y transformación de valores, Israel ha triunfado siempre *sub hoc signo* [pendiente del signo] de todos los ideales más nobles”.

La cruz era para el pueblo judío la representación del poder romano, pues por medio de la cruz se ejecutaba el castigo jurídico de los romanos sobre los delincuentes, y claro, al convertir la cruz, objeto de muerte y del poder romano, en instrumento de salvación, de santificación, el pueblo judío sencillamente invertía la valoración del pueblo romano dominante, exaltando a lo superior aquello que era malo y bajo para los romanos. En fin, con el triunfo del pueblo judío sobre su Dios encarnado, mató lo superior, y así hizo que el mundo se aplebeyara, que el populacho triunfara, que se acabara con los amos y triunfaran los esclavos. Estas afirmaciones las pone Nietzsche en boca de alguien que, supuestamente, contradijo su discurso, y que exaltó la subida de los esclavos bajo la figura del pueblo judío. Al respecto sostiene Nietzsche (1967)

“Inclinémonos ante los hechos consumados: el pueblo es quien ha vencido; ‘los esclavos’, ‘el populacho’, ‘el rebaño’ llamadlo como queráis, si es a los judíos a quien se debe, jamás pueblo alguno tuvo misión histórica más brillante. Fueron abolidos los amos, triunfó la moral del pueblo. Si decís que fue un veneno, fue un veneno saludable: la redención del género humano está en buen camino: todo se judaiza, se cristianiza y se aplebeja a ojos vistas. El impulso es irresistible, el progreso incesante: podrá haber marchas y contramarchas, prisas y despaciosa, pero

el tiempo es largo. Tal fue el epílogo que hizo a mi discurso un librepensador, un honrado animal, y por añadidura, un demócrata. No pudo contenerse más. Aquí debo callarme”.

Por lo tanto, el criterio sacerdotal judío tomó luego la forma del pensamiento cristiano, del cristianismo y, particularmente, de la Iglesia Católica, que desde la muerte de Jesús enarboló la bandera de la liberación de los de abajo, de los débiles, de los esclavos. Pero para no entrar en problemas de confusión, Nietzsche se refiere a la moral judeocristiana, haciendo referencia al cristianismo en general (católicos y no católicos) que tiene su origen en el judaísmo. Pues bien, como se ha afirmado reiteradamente a lo largo de estas reflexiones, en la antigüedad, o mejor, desde la antigüedad, existieron unos pueblos fuertes y otros débiles, o dicho en otros términos, existieron pueblos buenos y malos, pero los débiles llamaron malos a los buenos. Sostiene Nietzsche tanto en la *“Genealogía de la moral”*, como en *“El Anticristo”* y en *“Así habló Zaratustra”* que los pueblos esclavos, como el judío, se idearon a Dios como lo que ellos no son y como aquellos a quienes ellos odiaban, es decir, un ser superior a ellos, y le colocaron los atributos que ellos hubieran querido tener, para ser y hacer como no habían podido. Fue así como configuraron un Dios dominante, fuerte, guerrero (a Yavé o Jehová le llaman los israelitas el “Dios de los ejércitos”) y vengativo; hicieron que se “encarnara” esa idealización o Dios y surge la figura de Jesús, el Mesías o el Cristo, o Jesucristo; entonces capturaron al Dios-Hombre, a Dios humanizado y lo mataron. Desde entonces, sostiene Nietzsche, el pueblo hebreo insufló en el cristianismo y a través de él en la humanidad, la inversión de los valores “bueno” y “malo”, recriminando a los poderosos y valorando a los débiles, adoptando, además, una venganza ex temporal, es decir, con una acción retardada que cobraría cuentas en la “otra vida”, en la eternidad, porque la misma naturaleza impotente les impedía cobrarse sus cuentas directamente en esta vida. Así, condenaron a los que ríen, a los poderosos y fuertes prometiéndoles llanto y sufrimiento en la otra vida; en cambio, para los que lloran y sufren en esta vida, los mansos, resignados, desconsolados y pobres de espíritu (sencillos e ignorantes), se les promete que tendrán toda clase de premios, reirán, serán dueños del cielo, serán llamados hijos de Dios. Es decir, como se afirmó, en la otra vida, los débiles cobran venganza como no pudieron hacerlo en esta por su debilidad y cobardía. En el *“Zaratustra”*, en la parte *“De los Sacerdotes”*, afirma Nietzsche: “Llamaron Dios a lo que les contrariaba u hacía daño, y la verdad, ¡había en su

adoración mucho heroísmo! ¡Y no supieron amar a su Dios más que crucificando al hombre!”. Nietzsche (1967).

El filósofo de la sospecha, afirma que el “maligno” del rencoroso, o sea, el fuerte, el poderoso, que en sí es el “bueno”, opuesto al débil o “malo”, es la base de la concepción moral de los esclavos, o sea, que motivó a los esclavos a que reaccionaran y por reacción produjeran su moral de esclavos, y con ello explica y se refiere a que los oprimidos, los impotentes, llenos de venganza optaron por ser lo contrario de los “malos” y se propusieron ser “buenos”. Por consiguiente, si los malos actuaban, atacaban, incendiaban, violaban, ofendían y mataban, los esclavos no debían hacer nada de eso, no debían pagar con la misma moneda sino, todo lo contrario, y dejar la venganza en manos de Dios. Esta impotencia, este replegarse de los esclavos en manos de Dios se llamó, “virtud” como si fuese un acto libre, pero en realidad no lo era porque obedecía a su naturaleza débil, incapaz de actuar por sí misma. Por lo tanto, según Nietzsche, la virtud (el bien) no es más que la desfiguración de la sumisión y miseria de los esclavos, es decir, es el enmascaramiento de la naturaleza baja, que se manifiesta en la tergiversación de los valores, ocultando tras la virtud la verdadera cara del esclavo. Es así como la impotencia es llamada bondad; la bajeza humildad; la sumisión forzada es obediencia; la cobardía es paciencia; no “poderse” vengar es no “querer” vengarse. En estos términos, los débiles se llaman justos y buenos, que no piden represalias sino el triunfo de la Justicia; que no esperan el fruto de su venganza sino la victoria de Dios; además, se consuelan de sus penurias en la vida con la idea teleológica del Juicio Final y la posterior instauración del Reino de Dios, y mientras tanto, viven en la fe, en la esperanza y en la caridad. Los débiles esperan ser algún día fuertes, creen en ello y aseguran que su reino llegará un día y se consideran superiores para el futuro pues llaman a ello el Reino de Dios; pero para ver y vivir eso tienen necesidad de vivir más allá de la muerte, y creen entonces en la vida eterna. En efecto, afirma Nietzsche (1967) que

“Aquí la mentira llama bondad a la impotencia, humildad a la bajeza, obediencia a la sumisión forzada (ellos dicen que obedecen a Dios). La cobardía, que está siempre a la puerta del débil, toma aquí un nombre muy sonoro, y se llama paciencia: “No poderse vengar” se llama “no querer vengarse”; y a veces si se llama “perdón de las ofensas”, “porque *ellos* no saben lo que hacen; nosotros solos sabemos lo que *ellos* hacen”. Hablan del “amor a sus enemigos” y están sudando el quilo (...) Son unos desgraciados sin duda todos estos rezadores, monederos falsos. Pretenden que Dios los distingue y los elige en virtud de su miseria; ¿no se castiga a los perros, a quienes más se quiere? Quizá esta miseria es una preparación..., algo que será compensado

con un ciento por uno en “felicidad eterna” (...) Ahora dicen que no sólo son ellos mejores que los poderosos y que los gobernantes, cuyas huellas besan (no por temor, no, sino porque Dios manda honrar a toda autoridad); no sólo son mejores, sino que su lote de eternidad será mucho mejor. Pero ¡basta, basta! ¡No resisto más! ¡Aire, aire! Esta oficina donde se *fabrica el ideal*, me huele a mentira y embuste (...) Óigoles decir: “Nosotros los buenos, nosotros los justos.” No piden represalias, sino el “triunfo de la justicia”; no aborrecen a su enemigo sino a la “injusticia”, a la “impiedad”; creen y esperan, no en la venganza, en la ebriedad de la dulce venganza (“más dulce que la miel”, decía ya Homero), sino en la “victoria de Dios”, del *Dios de justicia*, sobre los impíos”; no se llaman “hermanos en el odio”, sino “hermanos en el amor”, buenos y justos en la tierra. ¿Y cómo llaman a eso que les sirve de consuelo en todas las penas de la existencia? ¡Cómo! ¿Es posible lo que oigo? A eso lo llaman “juicio final”, “venida de su reino”, del “reino de Dios”, y entretanto viven en la “fe”, en la “esperanza” y en la “caridad” (...) Para ver este reino es necesario vivir mucho, vivir más allá de la muerte; es necesaria la vida eterna para indemnizarse en el “reino de Dios” de esta existencia terrena pasada en la fe, en la esperanza y en la caridad”.

Habiendo identificado Nietzsche cómo se dio la transvaloración o mutación de los valores “bueno” y “malo”, o dicho de otra manera, cómo fue que la clase humana de los esclavos construyó su moral que extendió todo el occidente, con ambición proyección de extenderla al resto del mundo, arremete su virulento ataque contra los personajes que ostentan la autoridad entre los predicadores de esta moral, los sacerdotes, y más que los sacerdotes y la jerarquía eclesiástica, todos aquellos que sean teólogos en su pensamiento. En efecto, queriendo clarificar mejor su posición con respecto a la vida, a la moral y a la realidad, Nietzsche señala en “*El Anticristo*” quiénes son la “antípoda” de sus planteamientos, y sin ambages lo dice: son los teólogos y todo aquel que tenga un pensamiento fundado en Dios, en la autoridad divina. También por eso señala a la filosofía occidental idealista, como haciendo parte de ese polo opuesto a su filosofía de la voluntad de poder, y hace clara alusión a Hegel cuando se refiere a los idealistas que hablan del “espíritu puro”. Al respecto afirma Nietzsche (1967)

“Es necesario decir a quién consideramos nuestro antípoda: a los teólogos y todo aquel por cuyas venas corre sangre de teólogo; a toda nuestra filosofía... he encontrado el instinto de teólogo de la “soberbia” en todas partes donde el hombre se siente hoy “idealista”, donde en virtud de un presunto origen superior se arroga el derecho de adoptar ante la realidad una actitud de superioridad y distanciamiento... El idealista como el sacerdote, tiene todos los grandes conceptos en la mano (¡y no solamente en la mano!) y con desprecio condescendiente los opone a la “razón, los “sentidos”, los “honores”, el “bienestar” y la “ciencia”; todo esto lo considera *inferior*, como fuerzas perjudiciales y seductoras sobre las cuales flota el “espíritu” en estrecha autonomía; como si la humildad, la castidad, la pobreza, en una palabra: la *santidad*, no hubiese causado hasta ahora a la vida un daño infinitamente más grande que cualquier cataclismo y vicio. (...) El espíritu puro es pura mentira”.

Nietzsche sostiene en “*El Anticristo*” que una prueba del carácter de debilidad propugnado por el cristianismo (que canalizó la moral de esclavos del pueblo judío), es la práctica de la compasión, que en lugar de solucionar nada, lo que hace es agravar el sufrimiento del que es objeto de compasión, tal como sostiene el mismo Nietzsche quien afirma (1967)

“Se llama al cristianismo la religión de la compasión. La compasión es contraria a los efectos tónicos que acrecientan la energía del sentimiento vital; surte un efecto depresivo. Quien se compadece pierde fuerza. La compasión agrava y multiplica la pérdida de fuerza que el sufrimiento determina en la vida. El sufrimiento mismo se hace contagioso por obra de la compasión (...) Se ha osado llamar a la compasión una virtud (en toda moral aristocrática se la tiene por una debilidad); se ha llegado hasta hacer de ella la virtud, raíz y origen de toda virtud; claro que –y he aquí una circunstancia que siempre debe tenerse presente- desde el punto de vista de una filosofía que era nihilista, cuyo lema era la negación de la vida. Schopenhauer tuvo en esto razón: por la compasión de la vida se niega, se hace más digna de ser negada; la compasión es la práctica del nihilismo (...) ¡la compasión seduce a la nada!... Claro que no se dice “la nada”, sino “más allá”, o “Dios”, o “la vida verdadera”, o “nirvana, redención, bienaventuranza” (...) Nada hay tan malsano, en medio de nuestro modernismo malsano, como la compasión cristiana”.

El ataque de Nietzsche al cristianismo se hace más virulento, porque lo considera la expresión más detestable de la debilidad, porque es iluso, niega la realidad, lo natural y lo fuerte, por cuanto considera que pensar en la vida eterna, en el más allá, ser compasivo, penitente y practicar el perdón sólo es una actitud de los débiles y cobardes que reniegan de la vida presente, la que, en últimas es la única realidad, y en la que aquellos no tienen nada qué hacer porque son impotentes, incapaces de vivir con fuerza, luchando. En efecto, afirma Nietzsche (1967) que

“El cristianismo ha encarnado la defensa de todos los débiles, bajos y malogrados; ha hecho un ideal del *repudio* de los instintos de conservación de la vida pletórica; ha echado a perder hasta la razón inherente a los hombres intelectuales más potentes, enseñando a sentir los más altos valores de la espiritualidad como pecado, extravío y *tentación*. El ejemplo más deplorable es la ruina de Pascal; quien creía que su razón estaba corrompida por el pecado original, cuando en realidad estaba corrompida por el cristianismo”.

Cuando Nietzsche habla de la espiritualidad, se refiere a esa facultad creadora del hombre (lo artístico, filosófico y científico), y como tal, ella es producto del poder humano, todo lo contrario de lo que predica el cristianismo, es decir, que el espíritu puro está fuera del hombre y es identificado con Dios, de quien procede el hombre como producto decadente. Nietzsche afirma que la espiritualidad (no religiosidad) es lo más sublime del hombre como creación

propia, pero encuentra que la espiritualidad en el sentido cristiano es negación de lo natural, es negación de la realidad, es una irrealidad y, por lo tanto, una mentira. Afirma Nietzsche: “Hemos rectificado conceptos. Nos hemos vuelto más modestos en toda la línea. Ya no derivamos al hombre del “espíritu”, de la “divinidad”; lo hemos reintegrado en el mundo animal, Se nos antoja el animal más fuerte, porque es el más listo; una consecuencia de esto es su espiritualidad”. Nietzsche (1967). Más adelante, de manera más categórica afirma acerca del carácter ilusorio del cristianismo y de su negación de lo natural, lo siguiente

“Ni la moral ni la religión corresponden en el cristianismo en punto alguno de la realidad. Todo son causas imaginarias (“Dios”, “alma”, “yo”, “espíritu”, “el libre albedrío”, o bien “el determinismo”); todo son efectos imaginarios (“pecado”, “redención”, “gracia”, “castigo”, “perdón”). Todo son relaciones entre seres imaginarios, (“Dios”, “ánimas”, “almas”); ciencias naturales imaginarias (antropocentricidad); ausencia total del concepto de las causas naturales (...) Este mundo de la ficción se distingue muy desventajosamente del mundo de los sueños, por cuanto éste refleja la realidad, en tanto que aquél falsea, desvaloriza y repudia la realidad. Una vez inventado el concepto “Naturaleza” en contraposición a “Dios”, el término “natural” era por fuerza sinónimo de “execrable”; todo ese mundo ficticio tiene su raíz en el odio a lo natural (¡a la realidad!), es la expresión de una profunda aversión a lo real. Pero con esto queda explicado todo: Sólo quien sufre de la realidad tiene razones para sustraerse a ella por medio de la mentira”.

En este punto vale la pena destacar que Nietzsche no solo ataca al cristianismo en los católicos, sino también en los protestantes. Precisamente el protestantismo tiene en Kant a uno de sus máximos representantes en la filosofía, pero por ello mismo Nietzsche arremete contra Kant calificándolo como lo peor que ha surgido dentro del pensamiento filosófico no sólo alemán sino occidental, por cuanto considera que el pensamiento kantiano es la exaltación del idealismo y de la moral que reprime, es decir, exaltación de la moral de esclavos, y, sin embargo, Kant es calificado como lo máximo en la filosofía alemana, por ser el inaugurador del racionalismo alemán y la culminación de la filosofía moderna, de lo cual se duele Nietzsche (1967) al sostener

“Entre alemanes se comprende en seguida si digo que la filosofía está corrompida por la sangre de teólogo. El pastor protestante es el abuelo de la filosofía alemana y el protestantismo mismo es su pecado original. Definición del protestantismo: la hemiplejía del cristianismo y de la razón (...) la filosofía alemana: una teología *pérfida* (...) ¿Cuál es la causa del regocijo que el advenimiento de Kant provocó en el mundo de los eruditos alemanes, cuyas tres cuartas partes se componen de hijos de pastores y maestros? ¿Cuál es la causa de la convicción alemana, que todavía halla eco, de que a partir de Kant las cosas andan mejor? El instinto de teólogo agazapado en el erudito alemán adivinó lo que volvía a ser posible... Estaba abierto un camino por donde retornar subrepticamente el antiguo ideal; el concepto “mundo

verdadero” y el concepto de la moral como *esencia* del mundo (¡los dos errores más perniciosos que existen!), gracias a un escepticismo listo y ladino volvían a ser, ya que no demostrables, sí *irrefutables*... La razón, el *derecho* de la razón, había decretado Kant, no alcanza tan lejos... Se había hecho de la realidad una “apariencia”; se había hecho de un mundo enteramente *ficticio*, el del Ser, la realidad... El éxito de Kant no es más que el éxito de un teólogo; Kant, como Lucero, como Leibniz, fue una cortapisa más de la probidad alemana, demasiado floja de suyo”.

Luego se ocupa Nietzsche de hacer ver que la filosofía kantiana es una filosofía de la decadencia, porque no fomenta la promoción del individuo sino que establece imperativos universales, abstractos, fomentando la práctica de la virtud, la que en últimas no es más que la represión de lo natural. Sostiene Nietzsche que Kant no es más que la representación de lo más malo y decadente de la filosofía, e inclusive le parece Kant un fanático que no pasó de ser un “idiota”. Al respecto, afirma Nietzsche (1967)

“Diré aún dos palabras contra el *moralista* Kant. Toda virtud debe ser la propia invención de uno, la íntima defensa y necesidad de uno; en cualquier otro sentido sólo es un peligro. Lo que no está condicionado por nuestra vida, la *perjudica*; cualquier virtud practicada nada más que por el respeto al concepto “virtud” como lo postulaba Kant, es perjudicial. La “virtud”, el “deber”, el “bien en sí”, el bien impersonal y universal; todo esto son quimeras en las que se expresa la decadencia, la debilidad última de la vida, lo chinesco a la *konigsberguiana*. Las más fundamentales leyes de conservación y crecimiento prescriben justamente lo contrario: que cada cual debe inventarse su propia virtud, su propio imperativo categórico. Un pueblo sucumbe si confunde su específico deber con el deber en sí (...) Tal cosa [ser autómatas del deber] es nada menos que la receta para la decadencia, hasta para la idiotez... Kant se convirtió en un idiota. ¡Y fue el contemporáneo de Goethe! ¡Esta araña fatal ha sido, y sigue siendo, considerada como el filósofo alemán!”.

Nietzsche continúa en su “*Anticristo*” su martillar contra el cristianismo o la moral judeocristiana, contraponiendo la moral antigua o aristocrática y la moral judeocristiana o de esclavos. A manera de síntesis de este paralelismo basta citar dos textos, conformantes de dos partes de la primera disertación la cual, no está de más recordar, es el motivo de estas disertaciones y reflexiones. En efecto, en el numeral 6 Nietzsche habla de la vida como sinónimo de poder, y en el numeral 17 trata la decadencia humana por efecto de la declinación de la voluntad de poder donde Nietzsche (1967) sostiene

“La vida se me aparece como instinto de crecimiento, de supervivencia, de acumulación de fuerzas, de *poder*; donde falta la voluntad de poder, aparece la decadencia (...) Donde quiera que declina la voluntad de poder se registra un decaimiento fisiológico, una *décadence*. La divinidad de la *décadence*, despojada de sus virtudes e impulsos más

viriles, se convierte necesariamente en el dios de los fisiológicamente decadentes, de los débiles. Éstos *no* se llaman los débiles, sino los “buenos”.

Disponiéndose a cerrar la primera disertación de la “*Genealogía de la moral*”, a manera de conclusión, Nietzsche habla e ilustra acerca de la lucha que estos dos valores, el bien y el mal, lo bueno y lo malo, han mantenido desde la antigüedad, llegando a tomar ventaja el segundo valor, es decir, el mal, lo malo, lo débil; además, Nietzsche asegura que esta lucha se ha depurado cada vez más, o se ha hecho más espiritual. En efecto, afirma Nietzsche: “Llegamos a la conclusión. Los dos valores opuestos, “bueno y malo”, “bien y mal”, mantuvieron durante miles de años un combate largo y terrible; y aunque ha mucho tiempo que el segundo valor logró la ventaja, no faltan hoy todavía terrenos donde la lucha continúa con vario éxito. La lucha se ha hecho cada vez más alta, más espiritual; se ha hecho el distintivo de toda naturaleza superior”. Nietzsche (1967).

Seguidamente Nietzsche sostiene que el símbolo más claro de esta pugna es la lucha de Roma contra Judea y de Judea contra Roma. Roma miró a Judea como a su oponente monstruoso, como a una naturaleza contraria, como al enemigo del género humano por cuanto, según los judíos, el futuro y la salvación de la humanidad radica en la dominación absoluta de los valores aristocráticos, de los valores romanos. Venció Judea. En consecuencia, afirma Nietzsche (1967)

“El símbolo de esta lucha, trazado en caracteres legibles en la cumbre de la historia de la humanidad es “Roma contra Judea, Judea contra Roma”. Hasta el día de hoy no hubo acontecimiento más notable que esta lucha, que esta disputa, este conflicto mortal. Roma veía en el judío una naturaleza opuesta a la suya, un antípoda monstruoso, “un ser *convicto de odio*, contra el género humano”: y con razón, si es cierto que la salvación y el porvenir de la humanidad consiste en la dominación absoluta de los valores aristocráticos, de los valores romanos. Por el contrario, ¿qué sentimientos albergaban los judíos respecto de Roma? Mil indicios nos permiten adivinarlo, pero basta recordar el Apocalipsis de San Juan, el más feroz atentado de la venganza (...) Los romanos eran los fuertes y los nobles, más que todos los pueblos de la tierra; cada vestigio de su dominación, la más pequeña inscripción nos maravillan y nos eleva. Los judíos, por el contrario, eran un pueblo levita y rencoroso por excelencia, un pueblo que poseía un singular genio para la moral plebeya: basta comparar a los judíos con los pueblos de carácter semejante como los chinos y los alemanes, para discernir cual es lo de primer orden y cual es lo de quinto orden. ¿Quién de los pueblos venció, Roma o la Judea? La respuesta no es dudosa: nótese que hoy en la misma Roma y en la mitad del mundo, en todas partes donde el hombre está civilizado o tiende a estarlo, la humanidad se inclina delante de tres judíos y de una judía (Jesús de Nazaret, Pedro, Pablo y María, madre de Jesús). Este es un hecho notable: sin duda alguna, Roma fue vencida”.

Luego, en el Renacimiento Roma despierta con la renovación de la cultura clásica grecorromana y pretende levantarse contra la nueva Roma, la Roma-Judaica, la Iglesia Católica, pero Judea vence nuevamente con el movimiento plebeyo de Inglaterra y Alemania conocido como la Reforma, la cual genera la Contrarreforma o restauración de la Iglesia. En efecto, afirma Nietzsche (1967)

“Es verdad que durante el Renacimiento hubo un maravilloso despertar del ideal clásico, del ideal aristocrático: la misma Roma, la Roma antigua, se agitó como si despertara de una letargia, aunque aplastada por la Roma nueva, por la Roma judaica edificada sobre sus ruinas y que presentaba el aspecto de una sinagoga ecuménica; pero bien pronto la Judea triunfó de nuevo, gracias a este movimiento de odio (alemán e inglés) fundamentalmente plebeyo que se llama la Reforma, de la cual había de salir por natural reacción la restauración de la Iglesia y el restablecimiento de un silencio sepulcral sobre la Roma clásica”.

Finalmente, afirma Nietzsche, que en forma más contundente ganó la Judea otra victoria en la Revolución Francesa, cuando la última nobleza política de los siglos XVII y XVIII de Europa sucumbió ante la horda popular, pero de entre sus escombros surgió nuevamente, y en persona propia, la aristocracia con el ideal antiguo de fortaleza, poderío y dominio, se llamó Napoleón, al que Nietzsche llama “síntesis de lo inhumano y lo sobrehumano”, quien al final, también fue dominado. Al respecto afirma Nietzsche (1967)

“En un sentido todavía más radical y decisivo, ganó la Judea otra nueva victoria con la Revolución Francesa: entonces, la última nobleza política que aún subsistía en Europa, la de los siglos XVII y XVIII franceses, se arruinó a los golpes de la piqueta popular, y hubo entonces una alegría inmensa, un entusiasmo ruidoso como nunca. Verdad es que de repente apareció en medio de este trastorno la cosa más prodigiosa e inesperada: el ideal antiguo se levantó *en persona* y con esplendor insólito ante los ojos y la conciencia de la humanidad, y de nuevo resonó más fuerte, más penetrante que nunca, ante la mentira del odio, ante los privilegios de la mayoría, ante la voluntad de la bajeza, del envilecimiento y de la nivelación, ante el crepúsculo de los hombres, la terrible y mágica palabra ¡*privilegios de la minoría*! Apareció Napoleón, hombre único y tardío como nadie, encarnación del ideal aristocrático. Reflexiónese bien en este problema: “¡Napoleón, síntesis de lo inhumano y de lo sobrehumano!”.

Para finalizar esta disertación sobre el origen de lo bueno y lo malo, del bien y del mal, Nietzsche desea que se reavive esta antítesis. Sin embargo, es consciente que no se llegará a ninguna salida, a menos que se logre superar la misma dualidad del bien y del mal, de lo bueno y lo malo, es decir, es necesario ir y estar más allá del bien y del, como ya lo insinúa en la obra con ese nombre y publicada en 1886, un año antes que la “*Genealogía...*” Y como epílogo mismo de

esta primera disertación, a manera de Nota adicional, Nietzsche propone que sería necesario que disciplinas como la fisiología y la medicina se interesaran por la historia de la moral, aparte de la lingüística, de filólogos y filósofos, que ya tienen lo suyo. Se reafirma en su posición sugiriendo al decir del mismo Nietzsche (1967)

(...) sería necesario atraer a estos problemas la participación de los fisiólogos y de los médicos. Quédese para el filósofo el conciliar y ordenar este fructuoso cambio de ideas. En efecto, sería necesario, ante todo, que todas las tablas de valores, todos los imperativos de que hablan la historia y los estudios etnológicos, fuesen aclarados y explicados por su lado fisiológico antes que por el psicológico, sufriendo un examen de la ciencia médica”.

Seguidamente sostiene que la cuestión del valor de esta o aquella tabla de valores puede ser planteada desde los más diversos puntos de vista, de igual manera lo referente a la finalidad de los valores. Es indeclinable en creer que el bien de la mayoría (esclavos) y el bien de la minoría (la aristocracia) son totalmente opuestos, considera que la candidez de los biólogos ingleses les hace creer que el bien de la mayoría es superior en sí mismo, y prefiere más bien hacer un llamado a que todas las ciencias deben aportar para que el filósofo desempeñe su tarea, “que consiste en resolver el *problema de la evaluación*, en determinar la *jerarquía de los valores*”. Nietzsche (1967)

Pero un poco antes de llegar a la sugerencia antes mencionada, Nietzsche dejó en como en el aire una interesante idea tendiente a solucionar la antítesis conflictual entre el bien y el mal. En efecto, aunque Nietzsche desea que la antítesis bien y mal o del poderío y la debilidad se reavive, es consciente que así no se tendrá ninguna salida, y asegura que hay necesidad de superar el dualismo bien y mal, estar por encima de esta contradicción, proponiendo la creación de un tipo nuevo de hombre, un tipo superior, que estuviera por encima del bien y del mal. Que suprimiría todo antagonismo o preferencias de unos sobre otros. De allí que Nietzsche (1967), hay afirmado al respecto que: “una cosa que tendría gran valor para la conservación de una raza, podrá no tenerlo si se trata de crear un tipo superior”.

2.2.3 Entre genealogía y nihilismo

“Finalmente se deja oír una nueva exigencia: Enunciémosla: necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores –y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquéllos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno), un conocimiento que hasta ahora ni ha existido ni tampoco se lo ha siquiera deseado”.

Genealogía de la Moral

Preocupado por reconstruir el pasado moral de la humanidad desde el lente genuino de la genealogía, Nietzsche identifica al interior de la filosofía, lo que el mismo llama “las malas artes de la interpretación”, producto indudable de una escueta filología que se ha venido aplicando hasta el momento. A partir de su análisis deduce entre otras cosas que la causa raíz de los prejuicios morales, el complejo de culpa y el dogma de fe ha sido consecuencia de la sobreinterpretación moral, en específico de no haber descendido con ojo crítico hasta la profundidad etimológica de estos conceptos tan densos. Para tal efecto, el filósofo de la sospecha resuelve aplicar lo que el mismo denominada una verdadera fisio-psicología, encaminada a luchar con los rezagos inconscientes que aun manipulan la voluntad del hombre y lo relegan a la moral de esclavos. Al respecto, Nietzsche (2002) sostiene

“ (...) ¡ahora apretad bien los dientes!, ¡abrid los ojos!, ¡firme la mano en el timón! estamos dejando atrás, navegando derechamente sobre ella, sobre la moral, con ello tal vez aplastemos, machaquemos nuestro propio residuo de moralidad, mientras hacemos y osamos hacer nuestro viaje hacia allá”

En esta perspectiva, Nietzsche se percata de la falsedad que hay en los prejuicios de los filósofos, resolviendo al respecto, adentrarse de fondo en el estudio genealógico de ellos, principalmente en lo que concierne a la verdad de los prejuicios morales, el bien y el mal, lo bueno y malo como desvaloración de los valores. En este sentido es posible equiparar el que hacer genealógico con lo que se propuso Nietzsche en su Zarathustra quien descendió de las montañas después de haber permanecido allí durante diez años disfrutando sin cansarse de su espíritu y soledad, en completa tranquilidad y hablando frente al sol, tal como se puede corroborar en el pronunciamiento de Nietzsche (1984) quien afirma

“Por ello tengo que bajar a la profundidad: como haces tú por la tarde cuando traspones el mar llevando luz incluso al submundo, ¡astro inmensamente rico! Yo, lo mismo que tú, tengo que hundirme en mi ocaso, como dicen los hombres a quienes quiero bajar”.

Esta metáfora se relaciona -a nuestro humilde modo de ver- con el papel que desempeña el genealogista, aquel sujeto desalineado y desinhibido del prejuicio moral. Su función es explícita: escudriñar a fondo, escarbar en lo profundo, mostrar lo no develado y relacionar lo no relacionado para finalmente ventilar lo escondido, sin importar las consecuencias que deriven de ello. Dicho cometido se ve ratificado nuevamente en el prólogo de *Aurora* donde el mismo Nietzsche (2000) plantea “*en este libro se encontrará un <<subterráneo>> una fosa oculta que hay que desentrañar, aquí el trabajo se asemeja a alguien que cava, que perfora, que mina*”, que descende a las profundidades del abismo para cavar en el núcleo del problema. En este sentido, el cavar significa buscar el origen de todo lo que no aparece fácilmente a la luz, buscar en las oscuridades, rastreando el carácter tipológico, sintomatológico, de todo lo que se ha construido como verdad a lo largo de la tradición histórica. De allí que la principal labor -o si se quiere decir- trabajo de la genealogía sea la de encontrar de forma lenta aquello que tiene la moral y que según Nietzsche no percibimos fácilmente porque la rapidez y la superficialidad del hombre moderno no le permite ir más allá de todo aquello que puede tener otro origen y otras repercusiones.

Este que hacer genealógico al cual nos hemos referido implica literalmente arrancarse los ojos, romper el paradigma estructuralista y abordar la moral con posición escéptica y mente cuestionadora. Puesto que resulta impostergable poner en marcha la tarea de develar el hermetismo que carga la moral y sus excéntricos monstruos, y así examinar las hipótesis morales que pudieron haber sido malinterpretadas gracias al influjo del inconsciente colectivo encausados por mucho tiempo en los anales de la historia. Ello implica decodificar todo aquello que se ha tejido en torno a la moral de turno desde su más remoto pasado, así como discernir los problemas con jovialidad y siempre a la defensiva, tal como propone la mirada lucida de Nietzsche quien desde su genealogía de la moral (1969) plantea: “*(...) es una recompensa: la recompensa de una seriedad prolongada, valiente, laboriosa y subterránea, que, desde luego, no es cosa de cualquiera*”, ya que sus frutos se verán en el futuro cuando los hombres nuevos piensen y hagan las cosas de forma diferente y nihilista, cuando realmente nos demos cuenta de que lo que se está haciendo hasta el momento, no es lo acertado sino el camino errado, la ruta del desconocimiento; es decir lo inversamente proporcional al que hacer genealógico.

Como se ha indicado anteriormente, con Nietzsche es posible mostrar que la genealogía es un trabajo que se hace de fondo a martillazos filosóficos que roen la esencia misma de la moral, es una genealogía que causa como efecto el hacer entrar a la moral en un dominio óptico que dismantela y calcina. Su color es gris y no azul, porque vive de lo fundado en documentos y no del fundamento, de lo realmente comprobable y efectivamente existido, hay que examinar por tanto todos los conceptos morales de forma minuciosa, en las diversas épocas, pueblos, buscando todas sus particularidades y analogías, así como descifrar la escritura jeroglífica del pasado. Por tal razón, el papel de la genealogía es el de buscar las diversas patologías que se presentan en la moral para poder desde allí, desde su propio diagnóstico, desde esa sintomatología peculiar, encontrar lo que ella es. Con la genealogía se restablecen los diversos sentidos de una costumbre social, un determinado uso, una práctica, un valor. En esta dirección, Nietzsche (1969) sostuvo al respecto de la genealogía

“ que esta percibe la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia, para reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar”

De allí que el tema intrincado de la moral deba tratárselo como un conjunto de síntomas según los cuales se juzga el tipo de vida que los produce, pero también observar con ojos de lince, las condiciones y circunstancias en las que surge y se gesta, para finalmente encontrar todo aquello que mantiene enmascarado y en servidumbre voluntaria al individuo. Ello es posible si logramos anclar al muelle de la genealogía el nihilismo para disertar las verdades absolutas que han cosificado las categorías morales por largos tiempos. Al respecto hay que señalar que la moral como verdad establecida, esconde todo aquello que pueda ir en contra suya y solo muestra lo útil y lo servicial que es cuando aún no se la ha dismantelado desde un nihilismo dirigido. Por tanto se debe colocar como tarea trascendental el cuestionar el valor de la verdad, porque no hay verdades ni falsedades; en fin, en términos de Nietzsche habría que <<filosofar con martillo>>, sin ninguna pretensión de verdad, ni de universalismo, y eso es hacer genealogía desde el nihilismo.

Aquí el método genealógico establece una relación de vecindad con el nihilismo en la medida en que el nihilismo en tanto pensamiento esencial, junto con la voluntad de poder, el eterno

retorno y el ultrahombre, constituyen la posición filosófica fundamental de Nietzsche para develar el entramado intrincado de la moral desde la genealogía. Recordemos que el nihilismo no es solamente la desvalorización de los valores supremos, sino también su instauración. En efecto la desvalorización es la consecuencia de una valoración que instauro los valores supremos como incondicionados. Por tanto, el nihilismo es la lógica de la historia del pensamiento occidental en su totalidad en la medida en que esa valoración funda este pensamiento y lo determina hasta su momento final. Ahora bien, el carácter nihilista de toda esta historia sólo queda en evidencia en su final cuando se toma conciencia de la desvalorización. Por ello “debemos primero vivir el nihilismo para descubrir el secreto de lo que era en el fondo el valor de estos ‘valores’, y eso es hacer en ultima genealogía de la moral.

Cuando Nietzsche se dispone a hablar del nihilismo genealógico, nos dice que va a contar una historia muy larga, “la historia de los dos próximos siglos”. Esta historia es nuestra historia, nuestra ontología presente como tal. Sin embargo, la historia que nos promete contar Nietzsche no es la descripción y explicación de los diversos acontecimientos que se van a suceder en ese espacio de tiempo; sino que nos va a describir un solo acontecimiento: “describir lo que viene, lo que ya no puede venir de otro modo: el advenimiento del nihilismo” Nietzsche (1887). Aquí el filósofo del martillo nos habla del nihilismo como un acontecimiento futuro; sin embargo, sabemos que el nihilismo no es sólo el futuro sino también el pasado como lo ha indicado lucidamente la genealogía de la moral.

En resumidas cuentas, genealogía y nihilismo establecen una relación de simbiosis, constituyéndose en la columna vertebral del pensamiento nietzscheano. Ambas apuntan al corazón mismo de la problemática moral, su función es clara allanar la moral y desmantelarla desde un escepticismo moderado que pone en evidencia la decadencia de un cristianismo de por si trasnochado por el influjo de la moral de esclavos y la embestida sigilosa del superhombre.

3. VIGENCIA DEL PENSAMIENTO NIETZSCHEANO.

“Lo que hacemos no es nunca comprendido, y siempre es acogido sólo por los elogios o por la Crítica”.

F. Nietzsche

Con la idea de la creación de un tipo nuevo de hombre, que esté por encima de la dualidad bien y mal, Nietzsche prevé el advenimiento de la conjunción del hombre y el acto, haciendo del hombre y de su acto solamente el acto, acto sin un sujeto con libre albedrío, para que el acto humano no pueda ser calificado ni como bien ni como mal, ni como bueno ni como malo, sino solamente como acto humano.

Pero mientras llega la creación o construcción de este tipo nuevo de hombre, que en últimas converge con el concepto nietzscheano del superhombre, no se puede desconocer que el pensamiento de Nietzsche tiene vigencia en la actualidad, por cumplimiento de algunos de sus vaticinios o de sus presupuestos reflexivos.

Una idea previa para llegar a comprender la vigencia de Nietzsche, lo constituye el hecho que el filólogo y filósofo alemán concibe a Dios, el Dios de Israel y del cristianismo, como alguien que al hacer al hombre creó su mayor peligro, porque el hombre se dedicó a explorar el conocimiento, y la Ciencia es el mayor terror de Dios. Al respecto afirma Nietzsche (1967)

¿Se ha comprendido la famosa historia que encabeza el relato de la Biblia, la del miedo terrible de Dios a la *ciencia*?... No se la ha comprendido (...) El viejo Dios, todo “espíritu”, todo pontífice, todo perfección, se pasea por su jardín, y se aburre. Ni los dioses pueden evitar el aburrimiento. ¿Qué hace Dios para remediarlo? Inventa al hombre, puesto que el hombre es entretenido... Pero he aquí que también el hombre se aburre. Reacciona Dios con una simpatía sin límites contra la única desventura propia de todos los paraísos y crea otros animales. Primer desacierto de Dios: el hombre no encontró entretenidos a los animales; se erigió en amo de ellos, no quiso ser ni siquiera “animal”. En consecuencia Dios creó la mujer. Y entonces se acabó, en efecto, el aburrimiento; ¡pero también se acabaron otras cosas! La mujer fue el *segundo* desacierto de Dios. “La mujer es por su esencia serpiente, Heva”, como lo saben todos los sacerdotes; “la mujer es la raíz de *todos* los males en el mundo”; esto también lo saben todos los sacerdotes. “*Luego*, ella es también la raíz de la *ciencia*”... Sólo a causa de la mujer el hombre aprendió a comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Qué había pasado? El viejo Dios se sintió preso de un miedo terrible. El hombre resultaba ser su mayor desacierto; con él se había creado a sí mismo un rival: la ciencia hace *semejante a Dios*; ¡los sacerdotes y los dioses están perdidos si el hombre se vuelve científico.

Obsérvese en el texto anterior la tremenda capacidad vaticinadora de Nietzsche al referirse a la ciencia, al conocimiento racional y científico como el gran peligro para la divinidad, pues este tipo de conocimiento se encarga de explicar la naturaleza, los fenómenos

humanos, físicos, el comportamiento del medio ambiente, desmitificando de este modo la presencia necesaria de un ser externo al hombre. Y si se revisa la historia de la humanidad se puede percatar que, en efecto, desde que el hombre comenzó el largo camino del conocimiento, los científicos han tenido que polemizar con la Iglesia, la que siempre está poniendo prohibiciones al acto de conocer, y no pocos sabios tuvieron que sobrevivir a las persecuciones clericales en el tiempo de la Inquisición, siendo un caso muy conocido el de Galileo Galilei, quien estuvo en peligro de ser ejecutado por sostener y querer demostrar que la Tierra gira alrededor del Sol, y la Iglesia rechazaba esta verdad, pues se apoyaba en un texto bíblico donde Josué en medio de una batalla ordena que se detenga el sol y que no se oculte para poder terminar la batalla y lograr la victoria; el sólo hecho que en la Biblia dijera: “sol detente encima de Gabaón; Y tú, luna, sobre el valle de Ayalón; Y el sol se detuvo y se paró la luna” (Jos 10, 12-13); bastaba para que la Iglesia negara la verdad sobre el movimiento de los astros, puesto que la Biblia es la “Palabra de Dios”. Galileo tuvo que retractarse de sus planteamientos para salvar su vida, otros como Giordano Bruno, que no abjuraron de sus convicciones, fueron quemados vivos en la hoguera.

Pero es todavía más interesante que Nietzsche vaticinó la forma de vida que se está viviendo en la actualidad, cuando el hombre es eminentemente científico y la vida cotidiana está determinada por la ciencia aplicada o tecnología, y es en el presente cuando precisamente se está concretando una rebeldía del hombre contra Dios, en el sentido que ahora el hombre se ha hecho “poderoso” y puede disponer de su vida como él quiere, y ya no es más ese instrumento o juguete de Dios, que es totalmente dependiente de la voluntad de Dios, lo cual se puede demostrar con una situación muy común y frecuente hoy día. Hasta hace unos cuarenta o treinta años, la pareja de un matrimonio estaba totalmente subyugada a la voluntad de Dios en cuanto a cómo conformar una familia, es decir, en cuanto al número de hijos que debían tener, y se daba el caso que si alguien les preguntaba que cuántos hijos querían tener, la pareja contestaba simplemente “los que Dios quiera”, o, “los que Dios nos dé”, la misma respuesta servía para referirse al sexo de sus hijos, o si querían tener niños o niñas. Pero hoy día ya no ocurre así, por los adelantos científicos en genética, la pareja puede decir: “queremos tener un hijo, o dos y no más”; y es más, aun las estériles pueden concebir; además, en cuanto al sexo de los descendientes, los padres y madres pueden afirmar: “quiero una niña de cabellos tal color, de

ojos así, o un niño de tales o cuales características”, y esto porque ahora simplemente se puede intervenir y codificar los cromosomas y “producir” la criatura con las características que se quiera. Es en este sentido que se puede afirmar que Nietzsche es un vaticinador, y de una manera u otra su pensamiento está vigente, razón por la cual ha sido considerado inclusive como un “profeta terrorífico”, que anuncia el fin del hombre común y el advenimiento del hombre superior, del Superhombre.

Pues bien, la arremetida principal de Nietzsche contra el cristianismo está dirigida contra la Iglesia o Jerarquía eclesiástica, pero claro, como ella ha sido la institución u organización que ha impuesto sus criterios a toda una población, al “pueblo de Dios”, entonces los ataques del filósofo alemán se hacen extensibles a los cristianos y al cristianismo en general, es decir, al conjunto de la jerarquía y el pueblo, por cuanto, según Nietzsche, ha sido por medio de esta religión que se ha extendido por el mundo entero los conceptos de decadencia, sumisión, cobardía, debilidad y demás aspectos negativos de la humanidad. Por eso Nietzsche se cree en la obligación de predicarle a la humanidad que debe mirar bien la realidad y tratar de recuperar nuevamente su poder, liberándose de esa esclavitud mental, afectiva, ideológica y moral. Es por esta razón que Nietzsche considera que el hombre del futuro debe ser escéptico, un cuestionador del tipo de enseñanzas religiosas y moralistas, por cuanto si se convierte en un seguidor religioso será luego un convencido de los valores morales que se le imponen y terminará siendo un fanático; en tanto que si el hombre es libre, escéptico, debe ser el creador de sus propios valores morales, debe ser como Zaratustra, el modelo simbólico del hombre superior establecido por Nietzsche quien sostiene al respecto (1967)

“Digan lo que digan, los espíritus grandes son escépticos. Zaratustra es un escéptico. La fuerza, la *libertad* nacida en la fuerza y plenitud del espíritu, *se prueba* por el escepticismo. Los hombres de convicción no cuentan para las cuestiones fundamentales de valor. Las convicciones son cárceles. Esa gente no ve suficientemente a distancia, no ve *debajo* de sí; mas para tener derecho a opinar acerca del valor y desvalor es preciso ver quinientas convicciones *debajo* de sí, *tras* sí... Todo espíritu que persiga un fin grande y diga sí a los medios conducentes al logro del mismo es por fuerza un escéptico. El no estar atado a ninguna convicción, el estar capacitado para el mirar soberano, es un atributo de la fuerza”.

Así presenta Nietzsche el tipo de antípoda de esa ideología de la decadencia humana que es el cristianismo. Esa contraposición, con que se plantea el verdadero rescate y redención del

hombre, es la construcción del superhombre, del hombre superior, en quien se compendia la actividad del hombre en toda su plenitud: es un hombre primeramente fuerte, con fuerza de vida, luego con voluntad, con fuerza de voluntad o con voluntad de poder y, finalmente, libre, libre de todo esquematismo, dogmatismo y convicción ideológica. Y como la negación de este hombre pleno es el cristianismo, Nietzsche enjuicia tajantemente al cristianismo por haber propagado el “sin-valor” como valor verdadero de la humanidad; pero concretamente la condenación nietzscheana va dirigida a la Iglesia, a la jerarquía eclesiástica, por haber sido la constructora de semejantes ideas distorsionadas de los valores morales humanos. De manera que, nada mejor que citar un último texto compuesto de los últimos párrafos de *“El Anticristo”*, y así cerrar esta disertación en la que sostiene Nietzsche (1967)

“He llegado al final y pronuncio mi veredicto. Declaro culpable al cristianismo, formulo contra la Iglesia cristiana la acusación más terrible que ha sido formulada jamás por acusador alguno. Se me aparece como la corrupción más grande que pueda concebirse; ha optado por la máxima corrupción posible. La Iglesia cristiana ha contagiado su corrupción a todas las cosas; ha hecho de todo valor un sin valor, de toda verdad una mentira y de toda probidad una falsía de alma (...) El parasitismo es la práctica exclusiva de la Iglesia: con su ideal de anemia, de “santidad”, chupa toda sangre, todo amor, toda esperanza en la vida; el más allá como voluntad de negación de toda realidad; la cruz como signo de la conspiración más solapada que se ha dado jamás, contra la salud, la belleza, la plenitud, la valentía, el espíritu y la bondad del alma; contra la misma vida... Esta acusación eterna contra el cristianismo la quiero escribir en todas las paredes; yo tengo un alfabeto aun para los ciegos... Llamo al cristiano la gran maldición, la gran corrupción soterrada, el gran instinto de la venganza para el cual ningún medio es bastante péfido, furtivo, subrepticio y mezquino; le llamo, en resumen, el borrón inmortal de la humanidad. ¡Y eso que he tomado como punto de partida de la cronología el dies nefastus en que comenzó esta fatalidad, el primer día del cristianismo!, como punto de partida el último, ¿el de hoy? ¡La transmutación de todos los valores!.

Habiendo descubierto Nietzsche cómo es que se dio la tergiversación de los valores morales antiguos, por obra de la actitud vengativa judeocristiana, invita a que se lleve a cabo una nueva transmutación de valores, el retorno a la primera valoración moral. Ahora que en todo el mundo se experimenta una innegable crisis de valores, cuando se viene exaltando los desvalores, cabe preguntarse: ¿se está dando cumplimiento al llamado de Nietzsche? ¿La humanidad actual está viviendo según los dictados nietzscheanos? ¿Nietzsche deseó y previó que los valores de los “fuertes” serían acogidos por una humanidad que se sacude y libera del peso de la moralidad judeocristiana?

3.1 Nietzsche y la metáfora del matillo

En la última página del libro titulado *El crepúsculo de los ídolos*, el filósofo de la sospecha nos trae a colación la metáfora de lo que el mismo bautiza con el nombre de “el martillo”. Alegoría que condensa gran parte de su pensamiento nihilista y trashumante que caracteriza su trasegar filosófico. En ella, el ejercicio de martillar emerge como una crítica mordaz dirigida a todo aquello que ha ido deformando el modo de pensar del mundo Occidental. Su discernimiento, se enfoca directamente hacia el ojo del huracán; es decir hacia la religión, la moral, el complejo de culpa y el dogma de fe, entre otros prejuicios y rezagos que se van dando por añadidura en lo acaecido de los imaginarios sociales.

Estos “falsos imaginarios”, al decir de Nietzsche, han desencadenado efectos adversos traducidos a servidumbre y decadencia humana, reflejada tanto en su época como la actual, por lo cual considera necesario volver a modelar la estructura base del pensar a través de martillazos intelectuales que liberen al hombre del grillete moral. Última atadura que al decir del filósofo nihilista debilita al hombre en el amor así mismo, y lo hace esclavo de los demás al corromperse por la influencia del altruismo. Dicho pronunciamiento es respaldado en una de sus sentencias intempestivas que sostienen que el: “hombre acabado y servil es quien se vuelve altruista por el influjo de la moral de turno” Nietzsche (1996). Precisamente porque es cegado por la culpa, siendo incapaz de ver por sí mismo, pero paradójicamente dócil para el redil. Del mismo modo, afirma que “un hombre enfermo es un parásito para la sociedad” porque un síntoma de la servidumbre es la aceptación y no la sospecha, pues la primera conduce inevitablemente al colapso de la libertad.

[Sin embargo Nietzsche no solo cavila al respecto de la moral, sino también arremete contra el emporio de la religión, como tal alude al cristianismo. Al hacerlo, establece una analogía con el anarquismo y socialismo, afirmando que los dos buscan idílicamente la igualdad y la justicia para todos. Ello al decir del autor, es humanamente imposible porque siempre habrá malestar, ya sea contra los demás o contra sí mismo. Por tal razón, la gran lucha que siempre ha existido por parte del cristianismo, es la negación del cuerpo, y por tanto de sus instintos más humanos, es decir, la vida. En efecto el cristianismo representa para la filosofía del martillo una especie de esclerosis de pensamiento que vigila y castiga al rebaño a partir de la interiorización de la culpa y el dogma de fe. Convirtiéndose en una especie de somnífero que aletarga el pensar trashumante.

De allí la defensa de Nietzsche hacia la emancipación intelectual y su posterior conversión al superhombre; es decir a aquel sujeto que ha logrado filosofar con el martillo para desvalorizar los valores humanos del bien y mal y defender por sobre todos los valores la vida ascendente, y no descendente; lo cual implica aceptar la muerte de Dios, es decir, de la moral; amarse a sí mismo antes que al prójimo, situarse frente al mundo con una firme voluntad de poder, y finalmente, no dejarse guiar por ninguna brújula de objetividad, sino asignarle a las cosas el significado del “el eterno retorno”, desde donde los acontecimientos vuelven a circular en una constante dialéctica.

De esta manera Nietzsche, armado con su filosofía del martillo, nos anuncia una gran declaración de guerra contra todos los falsos "ídolos"; contra todos aquellos prejuicios morales que ha arraigado la cultura tradicional. Es en esta dirección que la filosofía del martillo debe funcionar, y actuar como un diapasón que (...) “ausculta a los ídolos eternos, quienes le responden con aquel famoso sonido a hueco que habla de entrarrías llenas de aire” Nietzsche (1996). Cuando esto sucede, el diapasón tiene la dureza y la fuerza destructora del martillo capaz de debilitar a los falsos ídolos. Si bien su instrumento bélico, -y si se quiere hacer notar musical- es el martillo; su estrategia está contenida en la fórmula *Umwertung aller Werte*, es decir la transvaloración de todos los valores. Última herramienta capaz de modificar el paradigma moral que ha impuesto la religión durante décadas. Es allí donde se concentra el fin último del ejercicio filosófico del martillo el cual es pensar con una mente escéptica y cuestionadora para discernir críticamente el prejuicio moral y la memoria colectiva enajenante que ha encubado por ejemplo la cultura conservadora.

Al respecto, hay que señalar que se filosofa con el martillo cuando se lleva a cabo una crítica ardua a la metafísica y la moral. Lo cual implica invertir los valores supremos; es decir desvalorizar los valores humanos. Dicha transvaloración se convierte en una crítica de la moral al interpretar a toda metafísica falsa porque está basada en errores. Sin embargo, el aspecto negativo de la crítica se transforma en afirmativo cuando la transvaloración realiza una inversión del error básico de toda tesis de la religión y de la moral, obteniendo así una nueva valoración que libera de ataduras la monomanía moral.

De esta manera, Nietzsche nos invita a tener el martillo y el cincel en las manos. A asumir la función del artista quien se ensaña con el mármol y a partir de él descubre una imagen que estaba oculta. Con la filosofía del martillo, es posible constatar que para poder acceder a la verdad es menester arrancarse metafóricamente los ojos, pero también destruir, roer todo aquello que ha deformado a la cultura moralista Occidental. Al crear una nueva escala de valores diferente a la metafísica clásica empotrada en el bien y el mal, e incorporar el nihilismo frente a la objetividad asfixiando, es posible pensar por sí mismo, para emanciparse intelectualmente al estilo de la Aufklärung o ilustración.

Finalmente, es posible constatar desde el accionar de la filosofía del martillo como Nietzsche crítica ferozmente el *modus operandi* de la moral, al ser esta antinatural, y opuesta a lo mundano, al placer mismo de los instintos, es decir a la vida en su complejidad. En su lugar Nietzsche propone demoler desde el recurso mismo de la genealogía y el nihilismo la estructura base que mantiene en pie la moral y el cristianismo, de tal forma que al carcomer sus orígenes se haga primar la antítesis ósea lo antimoral, la primacía de los instintos naturales, del yo, y el disfrute máximo de la vida, por encima del complejo de culpa y el dogma de fe que vigila y castiga al esclavo moral. Su pronunciamiento toma fuerza en la actualidad en la medida en que el hombre posmoderno cansado de la objetividad y racionalismo aplastante, ha decidido asumir una posición inmanente donde prima el relativismo moral y el subjetivismo ético así como el escepticismo y la indiferencia relajada que evidencia la vigencia de la filosofía del martillo dentro de un pequeño relato de época llamado sutilmente como postmodernidad.

3.2.2 Nietzsche como educador

“Poca gratitud se tiene por el maestro cuando se continúa siendo siempre alumno.”

F. Nietzsche

A la hora de juzgar el trabajo del intelectual, pocas formulas han tenido éxito como la que Hegel describió en su momento para asignar la tardea de la filosofía: poner el tiempo en conceptos. Una variable de ella es sin duda alguna la idea del pensamiento como diagnóstico epocal sustentada por la filosofía del martillo de Friedrich Nietzsche, o la ontología del presente suscrita por el filósofo enmascarado Michel Foucault cuya filosofía se ocupa del presente y de nosotros mismos. Haciendo uso de esta perspectiva, el tema actual más

debatido y dilatado en lo relativo a la filosofía de la educación consiste en esclarecer qué relación mantiene la filosofía con la formación del género humano. Bajo el paraguas ideológico de esta reflexión, es posible sostener que desde sus primeros textos, Nietzsche otorga un lugar preferencial al concepto de Bildung. Bajo el influjo de su crítica mordaz hace emerger el término como formación, cultura, y educación. Sin embargo el término se constituye en pretexto para que el filósofo en cuestión diserte acerca del problema de la formación de la especie humana, tanto en su dimensión individual como colectiva. Recordemos por ejemplo que en 1872, Nietzsche aborda con un aire fresco la categoría de la Bildung para asociarla a sus equivalentes franceses que la agrupan bajo la etiqueta de la formación”, “educación”, y “enseñanza” Sin embargo, el cometido de la Bildung “portaba un contenido trascendental heredada de la cultura alemana de la cual Nietzsche se contagió para defender esta práctica como un ideal entre ideales”. Trías, (1972).

A grandes rasgos podemos afirmar que el ejercicio de la Bildung, se relaciona íntimamente con la autoformación, conocida otrora como enkrateia; es decir gobierno de sí mismo. Probablemente, el término clásico de “paideia”, acuñado por los griegos sea uno de los que más se aproxime al cometido pedagógico de la Bildung, y la Ilustración, se constituya en su precedente al haber contribuido como ningún otro movimiento filosófico a la emancipación intelectual. Así pues, el lema ilustrado de enseñar deleitando supuso una secularización del conocimiento a la vez que una verdadera emancipación respecto a la defensa de los poderes religiosos. Si bien es cierto que Francia había desarrollado una revolución política y Inglaterra una revolución de naturaleza económica e industrial, Alemania había proporcionado una de las revoluciones más lentas; la de la cultura.

En este orden de ideas, puede distinguirse al respecto de la Bildung una doble intención; por un lado buscar el resultado y el producto, y por el otro, desarrollar capacidades y talentos. En efecto, la concepción del hombre que emerge de esta perspectiva, está profundamente influenciada por el culto a la personalidad, tan propia de la cultura germánica, y de los planteamientos educativos de Friedrich Nietzsche.

A su vez, la Bildungsroman (o novela de formación), aflora en el marco de la Bildung como un subgénero literario propiamente alemán, que esconde la pretensión de crear itinerarios

formativos encaminados a la autoformación pedagógico. La imagen metafórica que nos presenta este subgénero representa de manera metafórica (...) “al hombre como semilla que crece y da sus frutos”. Enguita, (1998). En consecuencia, la pedagogía de Nietzsche se proyecta claramente como un modelo educativo en constante fluctuación y entropía, donde adquieren resonancia conceptos como movimiento, agilidad, metamorfosis, dialéctica, etc. Que pretenden romper con los dogmas que marcan la educación y que asfixian la posibilidad de ir más allá de uno mismo. No obstante, los postulados educativos nietzscheanos no parten de una visión de la educación como preparación o transición al mercado laboral. Por el contrario, las directrices del II Reich fallaban a favor de una educación centrada en la mano producto, y la industria, de tal forma que se logre obtener resultados y desarrollar capacidades productivas. Pese a ser paradójico, el propio Nietzsche (1949) especifica cuál es la finalidad de su propuesta educativa *Bildung* sosteniendo que,

“El verdadero secreto de la cultura debe encontrarse en eso, en el hecho de que innumerables hombres aspiran a la cultura y trabajan con vistas a la cultura, aparentemente para sí, pero en realidad sólo para hacer posibles a algunos pocos individuos”.

En este apartado, el joven Nietzsche objeta el fin de la educación, afirmando al respecto que la misma estuvo al servicio de “la explotación sistemática, quien se empeñó en formar lo antes posible a empleados útiles, que juraban docilidad incondicional al estado”. Nietzsche, (2000). Dicha afirmación nos permite entrever la preocupación del filósofo del martillo en torno al tema de la *Bildung* desde donde dimensiona el peligro ideológico que traería consigo su transposición al aparato estatal encargado de limitar el desarrollo intelectual del individuo. Aquí las categorías de ciencia y dialéctica, técnica y política emergen como rasgos distintivos de esta civilización, que deriva su determinación esencial en el predominio incondicional de la razón como fuente intransferible de las facetas de la vida del hombre.

En base a lo expuesto, es posible evidenciar la instrumentalización de la cultura por parte del Estado, y su migración semántica al terreno educativo. En pocas palabras, se habla de un profundo efecto de domesticación desde donde se acrecienta la servidumbre voluntaria y la esclavitud moral producto de la ausencia de una *Bildung* trascendente. Esto genera la condena del pueblo germánico a una existencia parcial, fragmentada e incompleta.

Visto lo dicho, la escuela nietzscheana debería plantearse como finalidad máxima la persona auténtica, entendiéndose ésta, como consciencia de las posibilidades de acción y las finalidades que existen. Por tanto, la finalidad de las escuelas modernas a ojos del filósofo alemán “[...] deberá ser precisamente ése: hacer progresar a cada individuo en la medida en que su naturaleza le permite llegar a ser corriente” Nietzsche, (2000). De tal forma que el desarrollo intelectual de los individuos obtenga la mayor cantidad posible de felicidad y de ganancia.

Siguiendo el hilo conductor de lo anteriormente expuesto, resulta básica la voluntad de poder para el modelo de educación nietzscheana. En efecto, la Bildung en cuanto visión de la existencia se equipara a la obra de arte. Por tanto, ética y estética, son contempladas desde esta práctica como una sola cuestión. La belleza que a partir de ahora no corresponde a los cánones apolíneos representa el sí a la vida, siendo éste el verdadero papel de la praxis de la Bildung. Pues según el esquema nietzscheano, la concentración de la cultura en manos de los genios, producirá en el resto de los hombres corrientes, su propia superación cultural y espiritual. Por lo tanto, la solución pedagógica de Nietzsche, -por muy portentosa que parezca-, parte de la priorización de esas élites quienes, a través de sus acciones, generarán una serie de resultados en la propia comunidad.

Recordemos por ejemplo que el optimismo de los discursos científicos sumado al el antropocentrismo absoluto del contexto histórico nietzscheano, había conducido inexorablemente a incapacidades, a guerras y por supuesto a nihilismo. Aquí, Nietzsche deja de lado cualquier pretensión asociada al idealismo alemán, a la confianza en la armonía universal, y se vuelca en un escepticismo y pesimismo marcado que no necesariamente conduce a la resignación. Según Nietzsche, es más que significativa la situación de impotencia en las que se encuentran las instituciones educativas del siglo XIX, marcadas por un racionalismo aplastante de toda lógica alterna.

Y es que para el filósofo alemán, la verdadera educación debe desarrollar consigo el olfato filosófico, y el instinto por el arte. Lamentablemente, “para el estudiante de bachillerato actual, los griegos en cuanto a griegos están muertos”. Nietzsche, (2000).

3.2.3 La filosofía de la sospecha y su influjo sobre la moral

“Para poder mirar la realidad hay que arrancarse literalmente los ojos y empezar a sospechar”

Ciorán.

La Filosofía de la sospecha es una etiqueta acuñada por Paul Ricoeur (1913-2005) en su famoso libro «De l'interprétation. Essai sur Freud» (1965), frase que ha sido utilizada pedagógicamente para describir el carácter común del pensamiento de Marx, Nietzsche y Freud, conocidos como los maestros de la sospecha los cuales presentan puntos de anclaje en común que convergen bajo la consigna de poner en crisis la sociedad tradicional, y defender el principio de incertidumbre frente a la objetividad asfixiante que insuflaba occidente. En este orden de ideas, es posible identificar cuatro ejes que sostienen el aparataje ideológico de la filosofía de la sospecha los cuales son: la religión, la política, la sociedad y la ética. Para nuestro interés particular de estudio, priorizaremos en dos: la religión y la moral. En relación al primer eje circunscrito, la religión, Nietzsche (1967) sostiene

Dios ha muerto. (...) en tanto, el Dios cristiano es la expresión del resentimiento y de los valores tristes, negadores de la vida, “transmundanos”. La negación de la transcendencia es la condición imprescindible para que los seres humanos puedan llegar a ser creadores de valores y de sentido”.

Y frente al segundo eje en cuestión: la ética Nietzsche (1967) sostiene que la ética nihilista se basa en el malentendido según el cual el hombre es incapaz de crear, por consiguiente se convierte en un sujeto débil, e impotente. Así Nietzsche demuestra con sus diatribas como la ética de origen platónico, cristiano y kantiano, reprime la vida. Por eso sólo invita a ser Superhombres poniendo fin a la moral del rebaño y creando nuestros propios valores para ensalzar lo bueno de la vida, no lo que la sociedad presenta como moral.

Bajo esta apreciación, es posible observar como la filosofía de Nietzsche representa una voz discordante dentro del siglo XIX, siglo del triunfo de la burguesía con sus valores de libertad individual y de mercado, y el supuesto triunfo de la razón ilustrada frente al oscurantismo de siglos anteriores, donde se había generalizado la idea de que el progreso, la ciencia y la razón guiaban el trasegar de la historia. Desde el punto de vista de la filosofía de la sospecha, la consecución de estos ideales ilustrados implicaba que el Estado se convierta en represor, y el ser humano en mera masa predispuesta a ser

moldeada. Cometido que Nietzsche desistió aceptar y en su lugar poner en crisis bajo el influjo de su filosofía de la sospecha.

Uno de los mecanismos que utilizó Nietzsche para lograr su cometido filosófico de la sospecha, fue valerse del insumo de la genealogía, con ello consiguió hacer un análisis psicológico nihilista encaminado a denunciar los "instintos" que inspiran las diversas manifestaciones culturales. Aquí Nietzsche afina su olfato para denunciar todo aquello que considera «decadente». Esta filosofía de la sospecha, empleada por Nietzsche en la genealogía de la moral, intentar dilucidar en últimas las condiciones y circunstancias en que los valores morales surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron. Sus preguntas cobran sentido en la medida en que Nietzsche indaga por la razón y sus motivaciones psicológicas.

Por tanto la filosofía de la sospecha es en el fondo un ejercicio genealógico que trata de desvelar ese sustrato motivacional, esa voluntad que subyace a nuestra moral, nuestra metafísica, nuestra ciencia, etc. El criterio de lo que sea un conocimiento válido y positivo seguirá la metáfora fisiologista: o tiene un origen sano y esto es bueno o mórbido, patológico. La tarea de la filosofía de la sospecha consiste, por lo tanto, en desentrañar las condiciones de posibilidad de una cultura enferma, generada desde el miedo y el resentimiento.

CONCLUSIONES

- La crítica mordaz perpetrada por Nietzsche en contra de la moral, subraya que los códigos éticos que fundamentan el actuar humano, presentan verdades inverosímiles y metafísicas que las convierte en especulaciones trasnochadas de contenido efímero. Al respecto es oportuno traer a colación su análisis de la moral cristiana en el que manifiesta explícitamente cómo los valores cristianos como la humildad, o compasión, se basan realmente en la hipocresía y en el resentimiento, demostrando así su margen de error e inconstancia con la filosofía de la diferencia. Por tal razón, los valores morales vistos desde el caleidoscopio Nietzscheano sean concebidos explícitamente como artimañas de dominio entre los hombres que se disputan el poder a partir de la sujeción. Altercado histórico que ha a su vez ha dado origen al debate en torno a noble y esclavo. Sin

embargo, ninguna ética o moral reconocen esto pues es esencial para ellas obviar el discernimiento y aletargar a la masa bajo el complejo de culpa y el dogma de fe que atisba el emporio de la religión. Empañado en descubrir esas ocultaciones, Nietzsche propone un método que él llama "genealogía" desde donde emprende un rastreo etimológico de la moral en lo que el mismo bautizo como "genealogía de la moral". En este cometido, trata de hacer un análisis psicológico y lingüístico a partir de textos éticos y observaciones de conducta moral. Concluyendo con ello que las morales y las éticas que se hacen pasar por "verdaderas" y "universales" son en el fondo "morales de esclavos" que acrecientan la servidumbre de la masa. Su discurso contestatario se encarrila por la senda de la libertad creativa y la emancipación intelectual en el más estricto sentido. Por ello invita a valerse de la "moral de señores" capaz de rehacer la moral de esclavos desde un elenco de valores exigibles a los demás. Así, cada hombre ha de realizar sus deseos y dejar que también se expresen los deseos de los demás, sin códigos verdaderos previos, sino trashumancias y desvalorizaciones.

- Nietzsche en cuanto filósofo de la sospecha y exponente de la filosofía de la diferencia, se declara abiertamente como enemigo de todo absolutismo, de todo determinismo y de toda forma enajenante de fe como concreción del dogma. En su lugar, hace válido el nihilismo, asumiendo una postura escéptica que promulga la búsqueda del conocimiento, y que conduce inevitablemente a inaugurar la moral de los superiores. Dicha búsqueda afanosa hace que el hombre moralmente sano y apto para enfrentar la tragedia sea un hombre capaz de desvalorizar los valores humanos y pensar sin prejuicios. Pues la esperanza nietzscheana reside en este Cristo vivo, trágico y denunciador que ha desenmascarado la belleza, ha ofendido las divinidades, que ha renunciado a la pedantería y las palabras fútiles para reconocer a los hombres en el reino de las luchas. No es sino bajo el lente de este singular cometido que la idea de superhombre hecha sus raíces más profundas. Bajo el zoom de esta singular disertación, es posible constatar que el fundamento nietzscheano adquiere sentido en la medida en que la relación jerárquica noble-esclavo, es desplazada a una relación horizontal de superhombre-moral de señores donde la clase social y la libertad de culto son inversamente proporcionales a los dictámenes morales y éticos del cristianismo ortodoxo.
- No se puede desconocer que el tono iconoclasta, fuerte y demoledor que insufla Nietzsche contra el cristianismo, la ideología y la jerarquía eclesiástica, produce cierto escozor en el lector poco acostumbrado a su crítica sarcástica bañada en aforismos. Pues ese es el tono característico de quien se empeñó vehementemente en emancipar el pensamiento a partir de martillazos filosóficos capaces de poner a tambalear la estructura base de la moral gracias a su transmutación de valores encaminada a recuperar la valoración antigua de los conceptos bueno y malo. En este sentido, no deja de ser llamativo la manera cómo se comporta la humanidad en la actualidad, es decir, el valorarla a la luz del compendio reflexivo de Nietzsche, y encontrarse con que, ya sea de manera consciente o inconscientemente, el hombre y la sociedad de comienzos del tercer milenio, desde finales del siglo pasado (el siglo XX), está viviendo sobre criterios de libertad, de immanentismo y transmutación moral donde lo divino y religioso ha quedado reducido a mera alusión verbal, gracias al influjo de un antropocentrismo agravado. Lo cual nos permite concluir que el pensamiento de Nietzsche está vigente, no porque se

continúe estudiando en las academias, sino porque la humanidad se está comportando según él lo previera. En consecuencia, Nietzsche es el punto final. Su visión del mundo estriba no sólo en el definitivo rompimiento con el pasado, sino en la fuerte necesidad de transformar al hombre. Para Nietzsche el sistema se ha llevado al extremo y en su lucha por sobrevivir ha absorbido al hombre. Cada día que pasa, es posible observar como el resentimiento, más subordinación, más culpa, más supresión de pasión dejan escapar impulsos equivocados. En este orden de ideas, Nietzsche cobra más y más vigencia en el odio y frustración que Colombia experimenta por ejemplo en la etapa de pos conflicto.

- Finalmente, si algo se puede insinuar a manera de cierre no determinante es sostener que los individuos nobles son cada vez menos en relación con los espíritus mediocres y débiles. En esta perspectiva, los valores ascéticos deben volver a dar paso a los valores vitales, partiendo obviamente de la crítica de Nietzsche hacia la cultura occidental marcada por el platonismo y cristianismo, causantes de la subordinación del hombre, quienes reflejan su imposibilidad de crear sus propios valores y hacer su futuro a partir de la tarea de la sospecha.

BIBLIOGRAFÍA

- CANO, Germán. (2001). Nietzsche y la crítica de la modernidad. Madrid: Biblioteca Nueva, S.L. p. 415.
- BRANDES, G. (2004). Nietzsche. Un ensayo sobre el radicalismo aristocrático. México D.F.
- ENGUITA, J.E. (1998). Las raíces ideológicas del pensamiento del joven Nietzsche: la cultura y la Inteligencia de la burguesía alemana. Contrastes: Revista interdisciplinar de filosofía, 3, 83-103.
- ENGUITA, J.E. (2001). El aristocratismo político de Nietzsche. Cuaderno gris, 5, 183-202.
- DELEUZE, Gilles (1971). Nietzsche y la filosofía. Barcelona: Anagrama, 280 p.
- FINK, Eugen.(1981). La filosofía de Nietzsche, Madrid: Alianza Editorial. Trad.
- Castellana. C. Artal.
- FOUCAULT, Michel. (2004). Nietzsche, la genealogía, la historia, Madrid: Pre-textos. p. 75

- NIETZSCHE, Friedrich. Así hablaba Zaratustra. Medellín: Bedout, 1976. 310 p.
- NIETZSCHE, Friedrich, El crepúsculo de los ídolos, Editores Mexicanos Unidos, México, 1986, p. 77-148.
- NIETZSCHE, Friedrich. (1992). Fragmentos Póstumos. Santa Fe de Bogotá: Norma. 77p.
- NIETZSCHE, Friedrich (1972). La Genealogía de la Moral. Editorial Alianza. Madrid 1972.
- -----, El Anticristo. Santiago de Chile: Ercilla, 2002. 125 p.
- -----, Ecce Homo. México: Editores Mexicanos Unidos, 2002. 158 p.
- -----, Genealogía de la moral. Medellín: Bedout, 1976. 135 p.
- -----, Más allá del bien y del mal, Madrid: Alianza Editorial. 2002. p. 302
- TRÍAS, Eugenio et al. (1972). A favor de Nietzsche. Madrid: Taurus, 245 p.
- SLOTERDIJK, Peter (2000). El pensador en escena. Valencia: Pre-Textos. Traducción e introducción de Germán Cano. p. 183

